

# **Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos<sup>1</sup>**

**Klaudio Duarte Quapper<sup>2</sup>**

## **Primavera del dos mil catorce**

---

<sup>1</sup> Texto preparado para apoyar el proceso de formación y acción en perspectivas de género y generación con población que vive situaciones de desplazamiento forzado en Ecuador, proceso que cuenta con la promoción de CRS-MSD y ACNUR. Se trata de cuatro artículos publicados en Revistas y Libros, que son de mi autoría, como resultado de investigaciones y talleres de educación popular realizados con varones jóvenes de sectores empobrecidos.

<sup>2</sup> Educador Popular; Sociólogo Universidad de Chile; Máster en Juventud y Sociedad, Universidad de Girona; Doctorando en Sociología, Universidad Autónoma de Barcelona. Director Proyecto Anillo JUVENTUDES (SOC 1108). Coordinador Núcleo de Investigación en Juventudes, Departamento de Sociología, Universidad de Chile; Kolectivo Poroto (hombres por otros vínculos). [claudioduarte@u.uchile.cl](mailto:claudioduarte@u.uchile.cl)

## Jóvenes en masculino: alternativos & tradicionales.

### Introducción

Desde hace décadas, teóricas de diversas corrientes feministas comenzaron a llamar la atención por la necesidad de dedicar esfuerzos a la observación crítica de los procesos a través de los cuales los varones construimos nuestras masculinidades (Lagarde, 1993; De Barbieri, 1992; Lozano, 1992; De Lauretis, 1991; Lamas, 1989). En ese proceso, han comenzado a surgir diversos debates e investigaciones que han aportado interesantes elementos que permiten sostener hoy proposiciones que destacan por su novedad y su condición desafiante. Algunas de ellas son: i) No se nace varón, sino que las identidades masculinas son producto de una construcción fruto de la socialización patriarcal que en cada sociedad y cultura se reproduce (Gilmore, 1994); ii) Dicha construcción ha variado en la historia de acuerdo con los procesos estructurales de cambio de cada sociedad en sus ámbitos político, económico y social (Salazar y Pinto, 2002); iii) Esos procesos de cambio han implicado diversas manifestaciones de crisis, por lo que se requiere en cada coyuntura dar cuenta de los elementos epocales que la caracterizan y estructuran, tensionando la idea circulante de que la actual es original y excepcional (Duarte, 2011a); iv) Los procesos de construcción de identidades juveniles, en tanto identidades generacionales, se dan imbricados con los procesos de construcción de identidades de género y otros factores constitutivos de lo social –clase, etnicidad, entre otras- (Connell, 1997); v) Los varones jóvenes de sectores empobrecidos se hacen parte de estos procesos, con modos que se mueven entre la reproducción sin más de lo tradicional patriarcal y los intentos incipientes y balbuceantes de vivir de distinta manera sus relaciones de género (Duarte, 2006).

Para la observación crítica de estos procesos recreamos la propuesta de Michael Kaufman (1989), en orden a que existiría una triada masculina, como tres ejes analíticos, que han de considerarse para el análisis en perspectiva de género de la construcción de masculinidades: las relaciones consigo mismo, las relaciones con las mujeres y las relaciones con otros hombres; a ello agregamos, pasando de triada a volantín<sup>3</sup>, la necesaria consideración de las relaciones con el medio social, comprendido éste en la vinculación entre los territorios en que ellas se producen-concretizan (Pérez y Mejía, 1997; Espinoza, 1999; Chaves, 2010), el ambiente que les da cuerpo (Delgado, 2009; Caride, 2006), y el sentido de pertenencia como parte de las subjetividades que en ella se producen (Duarte, 2011d). Así diversos ámbitos en que se despliegan las vidas juveniles pueden ser leídos desde esta matriz de análisis: familia, escuela, calle, organizaciones sociales, religiosas y/o deportivas, ejércitos, medios de comunicación, entre otras; permitiendo profundizar en los procesos de producción de conocimiento sobre sus modos de hacer sociedad y cultura.

En este texto nos interesa *la calle*, en tanto constituye un espacio predilecto para la demostración de las masculinidades en producción (Fuller, 1997). El abordaje lo realizaremos

---

<sup>3</sup> Nombre chileno para las cometas. Idea tomada desde las reflexiones del Kolectivo Poroto del cual soy militante. “Hombres por otros vínculos”. <http://kolectivoporoto.blogspot.com/>

desde la triada mencionada, *haciendo contexto* –pasando a volantín- cada vez en la reflexión a través de la explicitación de las relaciones con el medio social en que se desenvuelven los varones jóvenes de sectores empobrecidos. A partir de investigaciones y acciones educativas populares con grupos de rockeros (heavy metal), grupos de batucadas, hip-hoperos y barristas del club Universidad de Chile (bullangueros), todos estudiantes secundarios, solteros, sin hijos y de orientación-opción heterosexual, en la zona sur de Santiago de Chile, elaboramos las siguientes reflexiones.

### **La calle como lugar privilegiado para los aprendizajes de ser varón**

La calle es el lugar para el quiebre de reglas, la competencia, la mentira y la rivalidad. Ahí se recrea una cultura juvenil de conquistas y hazañas. La calle según el discurso de los propios varones jóvenes de sectores empobrecidos es el lugar privilegiado para los aprendizajes relacionados con sus identidades masculinas.

La responsabilidad uno lo aprende en la calle o con los amigos, no yo igual he aprendido más con mis amigos, así igual hemos tenido hartas vivencias. Igual uno se influencia más afuera, igual tiene algunas visiones de los papás, pero igual se influencia más afuera con los amigos. Juan Pablo, rapero.

Se busca una masculinidad reconocida públicamente, una cualidad a lograr, una tensión que desafía, angustia y otorga logros. De esta forma, la masculinidad es una constante prueba, de autoafirmación y demostración a los ojos de los demás de la virilidad heredada por los caracteres sexuales y la hombría construida con dolor y esfuerzo. La masculinidad es el premio al fin del combate, es el triunfo sobre las pruebas, solo que se trata de un esfuerzo permanente. Las diferencias de clase que implicarían los distintos contextos, llevan a la constitución de diversas masculinidades. Las múltiples posiciones que los varones tienen en la sociedad, implican diferentes capacidades de acceso al ejercicio de poder, la propiedad y el prestigio social. Para los varones de sectores empobrecidos, la calle no tiene un carácter natural, sino que constituye un espacio al que acceden principalmente por *expulsión social* (Duarte, 2011c). Nos referimos a la fuerza centrífuga que el contexto impone a éstos jóvenes, en tanto se les dificulta, por el deterioro de la calidad de vida en familia (empobrecimiento, ruptura generacional, falta de estructuras mínimas de intimidad, violencia, inestabilidad emocional) permanecer más tiempo en convivencia con ella, pero al mismo tiempo es imposible dejarla en forma definitiva por las condicionantes socioeconómicas y los lazos afectivos. Esta tensión produce una ‘salida permanente de la casa’ para buscar un espacio entre semejantes, para compartir aquello que en la familia y en la escuela no se obtiene.

Por eso algunos tienen más confianza con los amigos. Yo creo que los que le hacen más caso a los amigos que a la familia es porque se deben llevar mal con los padres, no deben tener confianza, con los amigos que conviven más, le deben tener más confianza y dicen: “ellos deben tener la razón”. Sergio, rapero.

## Los otros varones: la grupalidad en la calle.

En este proceso, el agrupamiento de hombres jóvenes en la calle constituye el espacio privilegiado para esta demostración. Será en ese lugar social en que cada joven podrá construirse para otros y ganar en aceptación. Los cambios corporales llevarán a la necesidad de afirmación y redefinición del proceso identitario vinculado a esos cambios y a la ebullición de impulsos sexuales (Callirgos, 1996). Los varones jóvenes acentúan su machismo, su oposición con el mundo de los adultos y el peso de los semejantes se acrecienta: fuerza física, exponer conquistas femeninas y mostrar agresividad conforman algunos de los componentes principales. Así por ejemplo, las violencias en los mundos juveniles tienen, entre otros factores comprensivos, esta necesidad de demostrar fuerza y control por parte de varones, que bajo la lógica de “no dejarse pasar a llevar” y de manejar la situación, recurren a ella como forma de resolución de conflictos (Kaufman, 1989). En contextos de empobrecimiento y exclusión de las condiciones para cumplir el rol proveedor impuesto desde las lógicas patriarcales, estas violencias permiten acentuar la condición de dominador, en una suerte de radicalización-caricaturización del macho (Duarte, 2011b). Las situaciones de agudas violencias, que se viven en sectores empobrecidos de las urbes chilenas, implican para la población, que la calle sea vivida como un espacio de inseguridad. Ello radicaliza la importancia y vitalidad para los jóvenes de estar en ella, como un signo más de su fuerza, demostración de su *aguante*, de su capacidad para estar en ambientes de peligro y *hacerse hombre* en la adversidad. De igual forma en la calle se viven las amistades, la sociabilidad fundamental en este momento de la vida, aquella que da sentido a la existencia fuera del hogar y muchas veces en dirección contraria a los señalamientos familiares (Lozano, Fernández y Vargas, 2010). Estas amistades son constitutivas del ser joven urbano, refuerzan los apegos y las lealtades, se constituyen en la segunda familia, aquella que permite la homosocialización sostenida en el compadrazgo (Rebolledo, 1998).

En la calle hay afectos. El grupo juega en este ámbito un rol definidor de estilos y refuerza su característica de red social. El cariño es un pilar de las amistades, complicidades y apegos que ahí van surgiendo. La fuerza de esos vínculos les lleva a plantear al grupo de amigos como virtual reemplazo de las carencias afectivas que la familia no logra nutrir. Al grupo se puede llegar a contar lo que está pasando en la vida y se encuentra una respuesta, un estímulo y por último el silencio que es señal de escucha y acogida. El vínculo es de hermanos, de compañeros.

Como hermanos, no sé, el saludo es hola compañero, un abrazo, un beso en la mejilla, porque uno si da un beso en la mejilla a un hombre no va a dejar de ser hombre, es una manera de expresar lo que uno siente por el otro o sea afecto de amigo. Aprendí a querer a mis amigos, a quererlos por lo que son, no por lo que tienen. Álvaro, batucada.

La afectividad se aprehende en la calle, no se quiere sólo por instinto, se educa y los amigos enseñan. El compartir, la sinceridad, lo comunitario son valores que en la calle los hombres jóvenes van desplegando en su cotidianidad. El enfrentamiento del conflicto en el grupo, también es parte de ese aprendizaje, en que decirse las cosas *hace* al grupo. Junto a

ello, la práctica afectiva va cuestionando los estilos de las generaciones anteriores, ya que ahora se permiten gestos que antes eran rechazados de plano y que hoy les colocan en el límite de la consideración de la homosexualidad.

Nosotros acá con los chiquillos nos abrazamos, nos damos la mano, un beso de repente, aunque parezca medio raro son maneras de demostrar el cariño que nos tenemos. Ellos me demuestran el cariño y yo también tengo que mostrar que me enseñan esas cosas. Oscar, batucada.

Lo masculino tradicional se ve cuestionado por el reconocimiento que ellos hacen de sus gestos de afecto: besos y abrazos, que podrían provocar sanciones respecto de la homosexualidad. Para este grupo de jóvenes, no parece significar problemas, aunque en su planteamiento se cuidan de aclarar que no son homosexuales y que se trata de versiones propias y seguras de relaciones entre hombres héteros. Esto abre a preguntas, por su conceptualización de la homosexualidad: los besos y abrazos, ¿por qué estas prácticas afectivas son valoradas como legítimas y no como una dificultad en su identidad masculina? Algunas pistas respecto de esta reconsideración, surgen desde el cuestionamiento y la tendencia al límite que los jóvenes plantean y que les caracteriza (Duarte, 2001). Esta tendencia al límite aparece como una provocación a lo social, a la heteronormatividad impuesta y que instala dichos límites. Entre otros, está el de la masculinidad “sin desviaciones”, vale decir, sin homosexualidad. Por ello al incorporar esta práctica afectiva sienten que van burlando lo establecido, lo provocan, ya que el aprendizaje patriarcal impone que el acercamiento y la intimidad entre hombres están prohibidos, puestos más allá del límite.

Otra pista analítica de esta práctica juvenil es que para ellos la no existencia de penetración implica la no existencia de homosexualidad. Ella aparece así reducida sólo a su expresión coital. Los besos, los abrazos no formarían parte de una orientación sexual “desviada” sino que para ellos constituye un acto de fraternidad y hermandad en la calle. La homosexualidad implica en el imaginario masculino tradicional la existencia de un individuo “pasivo” y uno “activo”, que repite la condición tradicional de la pareja heterosexual en que el hombre es considerado el activo y la mujer pasiva. Por ello la no existencia de penetración no sitúa a nadie en condición pasiva-débil, y permite el desplazamiento del límite que provoca lo social, pero no lo supera decididamente. La masculinidad en construcción aparece con un fuerte componente de reconstrucción de modos tradicionales de relaciones entre varones, para dar paso a nuevos estilos, que no aseguran la superación de la asimetría masculina machista, pero que señalan el intento de tomar distancia respecto de ello. Es por ahora, una nueva forma de mirar...

### **Las mujeres en la calle: lo diferente como contradicción**

Las experiencias de relaciones con mujeres cobran importancia en tanto muestran que la otredad en la construcción de las identidades masculinas es vivida y reflexionada como comparación con las mujeres. Vale decir, se busca a las madres, las amigas, parejas o

hermanas para compararse y resaltar los elementos constitutivos de identidad. Dicha comparación se ubica a ratos en el discurso que denominamos de *la masculinidad tradicional*, y tiende a reafirmar esquemas y modelos de discriminación hacia la mujer. En otros momentos da cuenta del discurso que tiende hacia la búsqueda de alternativas y que intenta superar estilos dominadores y proponer fórmulas igualitarias de relación. En la comparación encontramos la oposición y la semejanza. En la primera distinguimos dos vertientes o expresiones:

a) *la distancia*: refiere a la oposición en que no existe necesariamente la discriminación explícita, la sanción abierta. Se manifiesta aquí con fuerza la alternativa velada y la toma de distancia para diferenciarse sin hacer evidente la discriminación. Esta distancia reafirma la hombría, aunque en su apariencia parece cuestionarla.

No sé, la forma de pensar (nos hace diferentes). Uno piensa diferente a las mujeres. Es que aquí en esta sociedad como que a uno le marcan que el hombre tiene que hacer esto y la mujer tiene que hacer esto otro. Yo hago las cosas que hacen los hombres, no hago las cosas que hacen las mujeres, entonces eso vendría marcando más. Andrés, rockero.

b) *la contradicción*: refiere a la exaltación de lo antagónico. La identidad se construye por diferencias opuestas y se refuerza la asimetría [masculino + -- femenino -]. Es la construcción de la hombría partiendo del menosprecio de la mujer y de lo femenino.

En la mujer no es tan esencial el estudio, se supone que el hombre tiene que sacar adelante el hogar y esperan de mi más futuro. No me puedo quedar así tampoco, yo sé que no me puedo quedar así. Jonathan, rapero.

La forma de ser un poco machista algunas veces, o de repente tu decís “no las mujeres no pueden hacer eso, yo soy hombre tengo que hacerlo”. Rodrigo, rockero.

En ambas, en la oposición por distanciamiento y por contradicción hay un acercamiento a la misoginia en sus expresiones de miedo y odio a lo femenino: “*soy hombre por lo tanto no soy mujer*”. Se sigue de este miedo, la materialización de conductas homofóbicas que a los hombres jóvenes les permite la diferenciación de lo homosexual.

c) *la semejanza* por su parte, aparece como una tercera vertiente, pero que se separa de las anteriores y se abre dentro de lo que podemos llamar el discurso de búsqueda de la masculinidad alternativa. Este reconocimiento de la semejanza, como deber ser y como proceso ya iniciado en la sociedad, se muestra en algunos ámbitos de lo laboral, en la propuesta de igualdad de oportunidades, en cambios de actitudes en el trato, en las formas de enfrentar la vida.

Es parecido porque todos tenemos la misma oportunidad, porque si ellas lo quieren, yo creo que lo pueden hacerlo igual, porque en estos tiempos se ven mujeres que son mejores que hombres. Roberto, bullanguero.

Estas tres formas de construir identidad desde las relaciones de comparación con la mujer, ya sea por oposición (distancia - contradicción) o por semejanzas, coexisten en la cotidianidad juvenil. Cuando se plantea la pregunta entre hombres por las relaciones con las

mujeres en la calle, las reacciones-respuestas vienen por el lado de las risas, las bromas y las mentiras. Es un ámbito de la vida juvenil que genera sensaciones agradables, pero que también viene incorporando elementos de conflicto por los cuestionamientos que han comenzado a surgir respecto de las relaciones que se establecen.

Cuando nos juntamos salimos a recorrer las calles, somos puros hombres, últimamente han habido algunas mujeres, pero como son mujeres, es que en ese grupo somos súper unidos los hombres y cuando hay mujeres siempre los hombres como que piensan mal de las mujeres y dejan de lado a los hombres como es natural en los hombres, por eso pasa eso, no nos gusta andar mucho con mujeres. Hemos hablado y que por favor salgamos solos, porque siempre o estamos pendientes de la mujer o estamos pendientes de ellos y no de los dos al mismo tiempo. Andrés, rockero.

Aquí aparece la señal del conflicto, que leída con atención, indica que no son las mujeres quienes lo provocan, sino que son los propios varones que entran en tensión ante la presencia femenina, debido a las visiones-estigmatizadas que tienen de ellas y a la competencia por su atención que se suscita entre el grupo de amigos. Los celos e inseguridades les llevan “a pensar mal de una mujer”, por lo tanto la protegen, cuando en realidad es una autoprotección. Lo que ven como dificultad es que ello trae como consecuencia que se abandona a los amigos. ¿Que podría pasarle a un hombre que no “cuida a su mujer”?, la tentación más marcada es pensar que la podría perder y la propiedad definida como “natural” está en juego. Al perder esa propiedad, lo que está en riesgo es la capacidad personal para mostrar un elemento vital del ser hombre: capacidad posesiva y de mando en la relación con las mujeres. Ante el conflicto que “ellas le significan al grupo de varones”, ya que en la actualidad se muestran mucho menos dependientes y más abiertas a seducir y a buscar pareja, la solución del grupo de hombres es marginarlas, salir solos, esconder el problema. Esta característica es identificadora de un estilo masculino tradicional de resolución de conflictos: escapar y no enfrentar. Así, las normas de homosocialización que estos varones jóvenes establecen conjugan contradicción y toma de distancia.

La mujer es en este caso referencia de identidad, pero se la busca por utilidad y no necesariamente por lo que desde ella misma puede aportar. Es otra forma de invisibilizarle y quitarle posibilidades de protagonismo, y al mismo tiempo de autoafirmarse como varón en la lógica tradicional.

Nosotros no tenemos muchas relaciones con mujeres en nuestro grupo, porque nos juntamos y somos puros hombres. No tenemos mucho contacto con mujeres. La forma de ser de nosotros, como que no va con juntarse con una mujer. Igual de repente vamos a una fiesta y nos gusta hablar con minas, engrupirlas<sup>4</sup> y todo. Por ejemplo si hay una mujer, nosotros como que estamos más tranquilos, no podemos hacer lo mismo. Andrés, Rockero.

Otra forma de este conflicto, que va solapándose en la cotidianidad, es el planteamiento común de que las mujeres no significan un problema para el grupo juvenil. Esto contradice a

---

<sup>4</sup> “Engrupirlas”: seducirlas a través del habla.

la versión anterior, y contribuye a identificar actitudes para el análisis. Por una parte, no se percibe en ellos una actitud que dé cuenta de la afirmación “de que las mujeres no son un problema”, más bien tiende a quedarse en el discurso, pero sin un correlato en la práctica. Por ejemplo, cuando aparece la exigencia de las propias mujeres, para participar en grupos de rock, no es aceptada ya que ellas son consideradas sólo como fans. Por otro lado, los hombres jóvenes no se autoperciben a sí mismos como un obstáculo para la participación de las mujeres en sus grupos. Vale decir, “ellas no tocan porque no quieren” sería la fórmula de la disculpa, pero “ellas no tocan o no se integran al grupo porque con nuestras actitudes no se lo permitimos” difícilmente aparecerá como una auto revisión de parte de los hombres jóvenes. Es que reconocerlo implicaría poner en cuestión esta masculinidad que se pretende alternativa y que se viene instalando en el discurso, pero se sostiene con mucha dificultad en las relaciones concretas.

No sé, porque hasta ahora no conocemos muchas mujeres que toquen instrumentos, si hubiera mujeres a lo mejor no sería un problema, porque total con que toque bien el instrumento no es problema. Rodrigo, rockero.

Nuevamente la tensión-contradicción con la mujer. Anteriormente se las desalojó del grupo, ahora se plantea que deben tener las mismas posibilidades. El *medio camino* entre responder totalmente a la socialización tradicional o reconstruirse desde una visión del ser hombre diferente, que se disponga a vincularse con ellas desde la semejanza/equidad y no desde la diferenciación/discriminación. Es tensión porque se hace parte de la lucha cotidiana por responder a lo esperado en tanto varón, que les violenta y exige, y es contradicción porque en el proceso se mueven entre polos de los cuales les cuesta salir para proponer otra lógica. En la calle se habla de las mujeres (bajo diferentes denominaciones) y de las relaciones que con ellas se establecen y por otra parte, se actúa respecto de ellas en el grupo,

“somos todos buenos pa’ “lesear”<sup>5</sup> a las minas, pa’ molestarlas, de repente pasa una mina y la buscan todos, al loco que veai sentado aquí pasa una mina y...” Roberto, bullanguero.

Esto constituye una prueba permanente a la hombría, ser capaz de decirle algo a una niña que pasa, de inventar el mejor piropo, ya sea con palabras finas o groserías dependiendo del tipo de grupo. La carrera es acelerada hacia decir lo que muestre más “valentía y arrojo”, el mayor riesgo será bien compensado por el grupo y el establecimiento de acuerdos implícitos de ser hombre probado y de su peso social en el colectivo. Para las mujeres jóvenes, los hombres jóvenes hablan mayormente de pornografía cuando se refieren a ellas, o al menos lo hacen en términos que consideran sexoides –como degradación de sus sexualidades-; mientras que estas incorporarían de forma más explícita las temáticas afectivas en sus conversaciones (Jammet, Morales y Concepción, 1999). Es importante considerar que esta forma de cosificación de las mujeres por parte de los varones jóvenes, encuentra su límite en el momento en que se habla de las consideradas como “propias”: hermanas, parejas, madres.

---

<sup>5</sup> “Lesear”, hacer bromas.

Esto no debe hacer perder de vista el elemento de atracción que le significan las mujeres a los hombres jóvenes, y que les lleva a significarlas como una referencia heteronormativa a la hora de hablar en el grupo. Los afectos y cariños, los odios y malas ondas que se van produciendo en el proceso de construir-destruir relaciones son traspasados de manera permanente al grupo por medio del habla y la conversa. En el grupo hay intercambio, consejería, aprendizaje, por ejemplo, “como hacerlo” con las mujeres se aprende en la calle, el grupo reemplaza a la familia y operacionaliza lo que en la escuela se conoce a nivel de abstracciones e información memorizable. Lo masculino posee diferencias según el tipo de agrupación: mientras para los bullangueros y rockeros es difícil que existan mujeres en el grupo, para los raperos y los de la batucada es aceptado y valorado como positivo para la experiencia. En los raperos, la vinculación de las mujeres aparece también como explicitación en el discurso y con elaboración respecto del alcance político que ello tiene; la observación en terreno muestra disposición a la equidad de posibilidades para participar y aportar; lo observado muestra tendencias a desplegar convivencia equitativa y señala una disposición no exenta de tensiones.

### **El sí mismo o la intimidad negada.**

En lo que refiere a este vértice del volantín analítico, los varones jóvenes evidencia una alta inseguridad respecto de la frágil construcción de masculinidad en el contexto actual: ¿cuál es el modelo que se debe cumplir? Por una parte, el modelo tradicional aparece cuestionado, mientras que el modelo alternativo aparece dibujado apenas básicamente en el discurso, más aún, sin reconocimiento social en la práctica de las relaciones. Entonces surge esta pregunta, no fácil de responder, pero que genera temores en el hombre joven y en su proceso de elaboración de identidad: ¿estoy dispuesto a perder los privilegios de la masculinidad tradicional?

Es que ahora vendría siendo casi lo mismo, porque los hombres y las mujeres no se diferencian tanto como antes, en que estaba todo como bien marcado para cada cosa, cada persona, un hombre: ésto, una mujer: esto otro, ahora como que es más general. Andrés, rockero.

Esta dualidad-tensión de modelos es característica del proceso de producción de identidades de género que viven los hombres jóvenes. La imagen del hombre que conquista no sólo se plantea para seducir y “llevar a la cama”, sino también respecto de como “hacerlo en la cama”. Se conquistan territorios –la calle-, y los espacios de relación íntima. Se traslada lo público hacia lo privado y este hacia lo público, disolviendo sus posibles diferencias, ya no como mundos separados y desconectados. Esta conquista se transforma en experiencia de poder, se alimenta de aquella que se manifiesta en los diversos ámbitos de la cotidianidad de cada sujeto joven, la intimidad no es otra cosa que el resultado de dicha cotidianidad. Por ello se puede violar a la pareja –“tirársela aunque de mañana”- es decir, penetrarla aunque no quiera, usar la fuerza, imponerse. Por eso se puede tocar y abrazar a todas las mujeres posibles, pero se le impide a la pareja mujer que sea tocada-abrazada por otro varón. Estas expresiones

masculinas, nos hablan de hombres *bien hombres*, es decir aquellos que cumplen a cabalidad con lo esperado: ser reproductores.

Poder remite en la experiencia de cuerpos masculinos al afianzamiento de los privilegios, status y ventajas que el contexto patriarcal impone. Se trata de cuerpos en disputa que producen poderes en disputa. El rechazo de muchas mujeres a aceptar el abuso sexual como parte de las relaciones de pareja ha contribuido a cuestionar este modelo de relación heterosexual. Una cuestión interesante es este poder omnipresente masculino, que va quedando en evidencia cuando es delatado-develado en sus formas latentes (Bourdieu, 2007). Por ejemplo, por medio de polaridades que han sido naturalizadas y asumidas como parte integrante de la convivencia humana y en particular entre géneros: hombre que necesita–mujer que satisface; hombre activo–mujer pasiva; hombre público sin propietaria–mujer propiedad privada de su pareja. La omnipresencia de este poder masculino no hace sólo referencia a un poder totalizador, sino también a su naturalización -esto siempre ha sido así-; lo que lleva a un fatalismo estructural que lo vuelve imposible de cambiar.

Al mismo tiempo, este poder se manifiesta respecto de sí mismo, con la imagen de poseer un cuerpo rudo, que tiene aguante. Por ello es posible el reventón, el desmadre en las cantidades de consumo de drogas y alcohol (volumen e inmensidad), y en prácticas en que arriesgan su integridad física (carreras de auto, peleas). Quien más aguante (de) muestre, mayor reconocimiento y admiración ganará en su grupo o espacio social. El cuerpo al servicio de ese objetivo: ganar prestigio en el medio (Duarte, 2006).

Los cuerpos masculinos, experimentados como hemos relatado, permiten la construcción de relaciones de poder que generan violencias, posesión y muerte en vida para las mujeres o para muchos hombres con opción homosexual. Para los propios varones, sus cuerpos les significan enajenación de sí mismos y de otras y otros; mutilación y castración de placeres sexuales; relaciones de poder autoritarias. De esta forma, la construcción de identidades masculinas termina siendo un simulacro para estos jóvenes, una (sobre) actuación en que prima una falsa identidad fundada no en lo que *se es*, sino en lo que socialmente *se espera que sea*. Sujeto que no es, sujeto que simula ser lo que le han impuesto. Sujeto que se construye sin pérdida de los privilegios que nuestra sociedad patriarcal les ha dado.

Se trata de procesos de enajenación que estos varones jóvenes vivencian (Duarte, 2006). Las presiones de una sociedad con economía de mercado e ideología neoliberal, les imponen exigencias que se instalan en sus cuerpos que deben mostrarse bellos y fuertes. Para cumplir dichas exigencias deben desarrollar prácticas de consumo opulento, en que a través de diversas estrategias de rebusque socioeconómico tratan de hacerse parte de la fiesta de lo que es imaginariamente producido como desarrollo o modernización. El falocentrismo del patriarcado ancestral (Lagarde, 1993; Lamas, 1989) se complementa en la actualidad con una corporeidad al servicio de la fuerza y la belleza. Decimos enajenación pues no logran el vínculo íntimo con sus cuerpos, sino que éstos son vivenciados como externalidad, como artefacto *para otros-otras, para hacerle a otras-otros*.

Otro elemento respecto de la relación del hombre joven consigo mismo es el sentimiento de desprotección afectiva que experimentan muchas veces, dado que se despliega la hombría,

es decir se logra cumplir los roles esperados socialmente mas no se logra ser feliz; se logra copular múltiples veces y con muchas mujeres, pero el sentimiento de soledad acompaña a esa cópula; se logra tener una familia y con esfuerzo dar las condiciones mínimas para la sobrevivencia, mas no se logra la felicidad mostrada en los medios de comunicación y ofrecida por el mercado. Esta situación va produciendo una lucha en el joven, una sensación de desprotección afectiva. Se ha dado cuenta de un modelo masculino, pero no se consigue felicidad. Es una forma de falsa identidad que se funda no *en lo que es* sino siempre en *lo que se espera que sea*, desafío que no se logra cumplir por las diversas condicionantes que tienen los hombres jóvenes de sectores empobrecidos y que hemos mencionado.

De la misma manera la internalización de los parámetros tradicionales de lo masculino implica que se asimile dicha propuesta con la identidad por construir. De esta manera la felicidad en el hombre joven está condicionada a “dar la talla” de lo esperado socialmente. Para los varones de sectores empobrecidos, la carencia de posibilidades y las expectativas truncadas, les lleva a percibir que las posibilidades de ser el varón que se les ha transmitido como socialización patriarcal –que cumple en la provisión, protección, procreación y que se consolida en el prestigio- se vuelve difícil de alcanzar. Es así como aparecen estrategias de reemplazo de aquellas exigencias, principalmente la ya señalada exacerbación de lo macho, a través de las prácticas de agresión y violencia en diversos ámbitos, contra distintos actores y con diferentes modos de ejercicio –simbólica y material-.

Una segunda estrategia, en convivencia con la anterior, es el ejercicio de la paternidad como una opción que permite legitimarse ante las y los adultos como sujeto con posibilidades de comenzar a decidir y ser tomado en cuenta, y como alguien que “hace cosas de grande”. En este ámbito se aprecia una diferencia con generaciones anteriores, dado que para los varones jóvenes de sectores empobrecidos, esta paternidad implica una posibilidad distinta de construcción de su identidad de género, y es el refugio donde pueden reafirmar su identidad de género. Quedan abiertas la preguntas por el carácter de esa paternidad –acción biológica en el proceso de procreación- y las disposiciones personales y posibilidades de asumir la crianza –acción sociocultural de participar del proceso de socialización- que ello implica (Duarte, 2011, a).

### **Las tensiones entre lógicas de acción**

De esta manera, la calle permite la reafirmación de las lógicas tradicionales de las masculinidades bajo las imágenes de *ser bien hombre* –fuerte, rudo, conquistador, mujeriego- que cumple como procreador, y *bueno como hombre* –que tiene prestigio y reconocimiento- porque cumple con los roles de protector y proveedor. En el mismo movimiento emergen planteos sobre lógicas alternativas de masculinidades sostenidas en imágenes de *ser buen hombre*, que refiere al varón que desarrolla prácticas solidarias, respetuosas y de colaboración (Duarte, 1999). En esta tensión entre lógicas contradictorias, aparece una *semitensión* que se expresa en el plano de la incoherencia entre los sentidos manifiestos y latentes del discurso

que en la actualidad encontramos en estos varones jóvenes: se configura una clara tensión que los tiene a *medio camino* en sus procesos de construcción de identidades.

Por una parte, un imaginario que critica algunas concepciones patriarcales tradicionales: la noción de superioridad masculina; que existan roles diferenciados jerárquicamente según sexo; la imposibilidad de que las mujeres accedan a labores típicamente consideradas para hombres; la subordinación femenina en diversos ámbitos; entre otras. Dichos cuestionamientos alientan a suponer que hay vientos de cambio, con sentido alternativo a los modos patriarcales de relación. Vale decir, los varones jóvenes –en contexto de incerteza y exclusión social- configuran discursivamente perspectivas de posible criticidad a los modos patriarcales de relación. Quizás una manifestación de sensibilidad y sociabilidad en torno a lo que no les agrada y que no les pasa inadvertido. Es relevante considerar que esta discursividad se mueve en el plano de las ideas y de lo moral, del deber ser. Por otra parte, al ser *puestos en situación* –cuando se les exige tomar opciones en las cuales requieren validar su condición masculina-, tienden a *retroceder*, se refugian en lo aprehendido en contexto patriarcal, y evidencian el apego a esta racionalidad como refugio para argumentar las prácticas concretas que desarrollan. Nuevamente de modo discursivo, ahora sí en el plano de sus experiencias muestran que no quieren perder los privilegios que la condición patriarcal les aporta.

Esta vuelta al refugio se da fundada en ciertas racionalidades, por ejemplo en la naturalización de la condición patriarcal, sobre una suerte de fatalismo político que niega posibilidades de cambio, sobre la no modificación de las asimetrías de poder, casi diciendo: “es lo que hay”, “siempre ha sido así”, “así nos enseñaron”... El imaginario de la disculpa por lo vivido y por lo que existe, se refuerza en esta racionalidad contemporánea de las masculinidades en jóvenes de sectores empobrecidos. Existe la disposición, “el ánimo de ser distinto”, “se sabe lo que pasa”, pero las fuerzas consideradas por ellos como naturales y tradicionales resultan ser más fuertes e impiden sostener aquello que se dice en acciones concretas.

Como se observa, la pragmática de este discurso (Navarro y Díaz, 1994), nos muestra sociedades viviendo tensiones relevantes en el ámbito de las relaciones de género.

“Me parece bueno que ella trabaje y ayude a la casa con plata. Pero no me gustaría que gane más que yo porque después quieren decidir”. Jonathan, hip-hopero.

“Me gustan las mujeres que van a todas, que tienen iniciativa en la cama, pero no me gustaría que mi polola sea así, me incomodaría”. Roberto, Bullanguero

No resulta sencillo ni diáfano el proceso de convertirse en varón, más bien podríamos caracterizarlo como contradictorio, lleno de incertidumbre, pero al mismo tiempo lleno de posibilidades.

## **Bibliografía**

Bourdieu, P. (2007). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

- Callirgos, J. C. (1996). *Sobre Héroes y Batallas. Los caminos de la identidad masculina*. Lima: Escuela para el Desarrollo.
- Caride, J. (2006). La educación social en la acción comunitaria. En X. Úcar y A. Llena (coordinadores). *Miradas y diálogos en torno a la acción comunitaria*. Barcelona: GRAÓ.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Connell, R. W. (1997) La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (Editores) *Masculinidad/es: poder y crisis*. Chile: Isis internacional.
- De Barbieri, T. (1992). Sobre la categoría género. Una construcción teórico-metodológica. En *Fin de siglo y cambio civilizatorio*. Ediciones de las mujeres, N° 17. Santiago: Isis.
- De Lauretis, T. (1991). Estudios Feministas/Estudios críticos: problemas, conceptos y contactos. En C. Ramos Escalón (compiladora) *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*. México: Editorial UNAM.
- Delgado, R. (2009). *Acción colectiva y sujetos sociales*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Duarte, K. (2011a). Privilegios patriarcales en varones jóvenes de sectores empobrecidos ¿cambio o acomodo? En *Revista Juventud*. Madrid: INJUVE. En Prensa.
- Duarte, K. (2011b). Varones jóvenes de sectores empobrecidos y privilegios: ¿por qué cambiar? En F. Aguayo, M. Sadler (Editores). *Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en la Equidad de Género*. Santiago: Universidad de Chile, LOM ediciones.
- Duarte, K. (2011c). Notas generacionales para la acción comunitaria con jóvenes de sectores empobrecidos. En *Revista Observatorio de Juventud*. Año 8, N° 29. Santiago: INJUV.
- Duarte, K. (2011d). Desafíos a los procesos investigativos en juventudes que plantean las condiciones juveniles de América Latina y el Caribe. En M. Gutiérrez (editora) *¿Qué sabemos sobre jóvenes y juventudes?* Bogotá: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo AECID, Pontificia Universidad Javeriana.
- Duarte K. (2006). Cuerpo, poder y placer. Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos. En *Revista PASOS N° 125*. San José de Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI.
- Duarte, K. (2001). ¿Juventud o Juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles. En K. Duarte y D. Zambrano (Editores). *Acerca de Jóvenes, Contraculturas y Sociedad Adultocéntrica*. San José de Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI.
- Duarte, K. (1999). “Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo”. Tesis para optar al Título de Sociólogo. Santiago: Universidad de Chile.

- Espinoza, A. (1999). Mi barrio es zona crema: territorialidad y conflicto en un grupo barrial de la Trinchera Norte. En A. Panfichi y M. Valcárcel (Editores). *JUVENTUD: Sociedad y Cultura*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Fuller, N. (1997). Fronteras y retos: varones de clase media del Perú. En *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres N° 24. Santiago: Isis-FLACSO Chile.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Paidós.
- Jamett, F., Morales, B. y Concepción, A. (1999). *¿Quién dijo que todo está perdido? Sistematización de 10 años de experiencia con jóvenes populares*. Santiago: Colectivo de Investigación Acción con Jóvenes.
- Kaufman, M. (1989). *Hombres, placer, poder y cambio*. Santo Domingo: CIPAF.
- Lagarde, M. (1993). *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría "género". En *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*. Volumen VIII, N° 30. México.
- Lozano, B. (1992). Una crítica a la sociedad occidental patriarcal y racista desde la perspectiva de la mujer negra. En *PASOS N° 42*. San José, Costa Rica: Departamento Ecueménico de Investigaciones DEI.
- Lozano, I., Fernández, M. y Vargas, M. (2010). *La caracterización de las redes de amistad de varones jóvenes: su impacto sobre la violencia*. México: GENDES.
- Navarro, P. y Díaz, C. (1994), Análisis de Contenido. En *Métodos y técnicas de Investigación en Ciencias Sociales*. J. Delgado y J. Gutiérrez (Editores). Madrid: Editorial Síntesis.
- Pérez, D. y Mejía, M. (1996). *De calles, parches, galladas y escuelas: transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy*. Santa Fe de Bogotá: CINEP.
- Rebolledo, L. (1998). *Género y espacios de sociabilidad. El barrio, la calle, la casa...* Santiago: Universidad de Chile.
- Salas, J. (1996). La mentira en la construcción de la masculinidad. En *Revista Costarricense de Psicología, N° 24*. San José de Costa Rica: Universidad de Costa Rica.
- Salazar, G. y Pinto, J. (2002). *Historia contemporánea de Chile. Niñez y juventud*. Tomo IV. Santiago: LOM Ediciones.

## **Construcción de masculinidades juveniles en Liceos de sectores empobrecidos<sup>6</sup>.**

### **Uno. Identidades masculinas juveniles en sectores empobrecidos.**

En nuestro país las temáticas vinculadas al género han venido ganando espacios de preocupación cada vez mayores, ya sea en las ciencias sociales como en algunos ámbitos de las agendas de acción pública. Dentro de ello, los aspectos relacionados con la situación específica que vivimos los hombres en las relaciones sociales -con nosotros mismos, con otros hombres y con las mujeres- son factores que van concitando cada vez mayor atención. Si bien en principio, hacia fines de los ochenta e inicios de la década de los noventa fueron las mujeres las que desde los estudios feministas o de género comenzaron a abordar las temáticas de masculinidad, hoy somos los propios hombres los que lentamente vamos desafiándonos a conocer las particularidades de nuestros procesos identitarios y de vida (Gomariz, 1992). Se suma a lo anterior, que han comenzado a surgir también experiencias de trabajo educativo, en que la situación específica de los hombres ocupa un lugar como contenido central a desplegar en dichas iniciativas.

Por su parte, las miradas sobre el grupo social juventud y sus prácticas culturales y contraculturales también van haciéndose más masivas en las últimas dos décadas. Las matrices desde la que se está mirando hoy a los grupos de jóvenes, en los distintos espacios sociales en que se desenvuelven, han permitido poner en cuestión la conceptualización más tradicional, dando paso a nuevas formas que intentan mayor cercanía con el sujeto joven, así como mayor posibilidad de que sean sus propios discursos los que se expresen. Podemos decir que se está dando un proceso de quiebre epistemológico en las formas de abordar el conocimiento de las realidades juveniles, de manera similar a lo que en algún momento ocurrió con los estudios de género que superaron miradas universalistas o esencialistas para dar cuenta de la pluralidad y especificidad en contexto que requieren dichas ópticas analíticas (Duarte, 2000).

Desde el discurso social dominante se les propone a las y los jóvenes un modelo de identidad generacional, que les invisibiliza en el presente y les devuelve visibilidad cuando asuman roles definidos como de adulto. También las relaciones desde las agencias de socialización, hacia el grupo social juventud, están señaladas por las visiones universalistas que no permiten la diferencia y tienden a la homogenización de este grupo social y de sus producciones culturales. Esta oferta de identidad se enmarca dentro de una matriz conceptual que hemos denominado *adultocentrismo*, que se caracteriza por considerar al hombre joven como individuo en preparación para asumir roles esperados de varón adulto, y ubica lo adulto como el modelo y referente a seguir, como lo valioso y perfecto, y lo joven como *en preparación hacia*. (Duarte, 1994).

---

<sup>66</sup> Publicado en: Jóvenes la Diferencia como consigna. Ensayos sobre la Diversidad Cultural Juvenil. Zarzuri y Ganter, Compiladores. Centro de Estudios Socio Culturales. Santiago. 2005. Páginas 81-102.

En este proceso, de construcción de las identidades masculinas juveniles, nos importa preguntar por lo contracultural. Es decir, por aquellas producciones que se sitúan o tienden a posicionarse a contracorriente –en oposición y contradicción (Brito, 1992) de las versiones tradicionales -patriarcales y adultocéntricas- en estudiantes de Liceos ubicados en sectores empobrecidos. Una primera aproximación nos muestra que dicha tensión de construcción no se da como un enfrentamiento abierto y directo entre sus valores y estilos de convivencia ni como expresiones diáfanas que se puedan fácilmente distinguir, sino que se muestra como una tensión entre la aceptación de lo socialmente normado y los sistemas de valores y códigos propios que (re) producen las y los jóvenes.

A partir de los discursos de hombres jóvenes de sectores empobrecidos, hemos categorizado la existencia de al menos tres estilos en la producción de identidades masculinas juveniles. Estos estilos conviven en la cotidianidad: por una parte, **lo tradicional**, como un modo de ser marcadamente patriarcal, en que los parámetros característicos están dados por la superioridad de lo masculino respecto de lo femenino, incluso con la idea fuerza de que el rol principal del hombre es proteger, salvar y hacer feliz a la mujer; por otra, un estilo que denominamos de **semi tensión**, dado que se maneja en el *medio camino* (Canales, 1994) entre la aceptación de lo tradicional y el rechazo a ella con algunos intentos de alternatividad, pero que no se instala definitivamente en ninguno de los dos estilos que la tensan, siendo el *discurso hablado* el que posibilita la construcción de lo alternativo, pero la *práctica actuada* la que va negando dicha alternatividad o más bien, se va posicionando en lo tradicional; y finalmente, **la visión alternativa**, como un estilo que logra construir propuestas de modos de vida equitativa, solidaria y tierna entre los géneros y al interior de ellos, manifestándose dichas propuestas de manera clara y consistente en las relaciones de curso, en las parejas, en las agrupaciones, en los grupos de semejantes (Duarte, 1999).

Las situaciones de empobrecimiento en diversos sectores de nuestro país configuran un contexto –de exclusión social- que enmarca las características que asume la producción de identidades de género, en particular de masculinidades juveniles. Dicho contexto de exclusión social que viven estos hombres jóvenes, incide directamente sobre sus parámetros de construcción de identidades de género y les plantea exigencias difíciles de cumplir por el mismo proceso excluyente ya mencionado. Por una parte, las posibilidades de ser proveedor eficiente son cada vez más difíciles en un contexto de altas tasas de cesantía juvenil y también de dificultades para tener trabajo estable y en condiciones que permitan asumir dicho rol<sup>7</sup>. Vemos que se atrasa el matrimonio, pero no necesariamente la posibilidad de ser padre, cuestión que tensa la experiencia de paternidad en estos sectores juveniles empobrecidos.

Lo anterior lleva a que las manifestaciones de las masculinidades en estos jóvenes se caractericen por la sobreactuación de aquellos aspectos considerados *machos* y rudos. Por ejemplo la pretensión de posesión hacia las mujeres, la violencia en el Liceo y en otros

---

<sup>7</sup> En nuestro país, las denominadas tasas de cesantía juvenil (considerando al grupo etáreo entre 15 y 29 años) en las comunas más empobrecidas, tienden a duplicar y en ocasiones a triplicar los promedios de sus regiones o del país.

espacios públicos, el uso reiterado de la mentira para inventar realidades, las expresiones – muchas veces encubiertas- de discriminación y no aceptación de las opciones homosexuales o de opciones diferentes a las propias en diversos ámbitos de sus vidas, entre otras formas.

Junto a lo anterior, debe considerarse que el discurso de *lo esperado* por el sistema educativo tiende a remarcar los roles por cumplir, en tanto les considera futuros hombres adultos. A través de este discurso se van transmitiendo desde ese mundo adulto, una serie de parámetros que constituyen *un deber ser* que aparece como lejano y difícil de conseguir para estos hombres jóvenes. Las pautas sobre las que se construye ese discurso, muchas veces no consideran las características específicas que su realidad les impone y tampoco las variaciones que ha tenido dicha realidad en los sectores empobrecidos. Pero sobre todo, estas pautas se hacen parte de las matrices más conservadoras y tradicionales de las identidades juveniles y de género.

Como señalamos, también hemos observado que en algunos grupos de jóvenes aparece el intento, intuitivo e incipiente, de buscar estilos de relaciones distintas entre hombres y con las mujeres, que dan cuenta de un *deber ser alternativo* (Duarte, 1999)<sup>8</sup>. Este deber ser circula en el ambiente, pero no está sistematizado, aún no se ha hecho consistente en el habla colectiva y más bien deambula por el discurso masculino juvenil, sin lograr asumir la suficiente fuerza y efectividad en las manifestaciones concretas del día a día y de cada noche.

## **Dos. Espacios sociales para el aprendizaje de género: familia, calle y Liceo**

Estos procesos de construcción de las identidades masculinas juveniles son desplegados en diversos espacios de socialización, cada cual con características interesantes de analizar. Hemos abordado al menos tres:

i] **La familia** en los sectores empobrecidos, enseña una forma de masculinidad que está básicamente dada desde la idea del deber ser en el marco de la masculinidad tradicional. La socialización del género masculino desplegada en el ámbito familiar está muy marcada por el *ser bueno como hombre*. Vale decir, en la lucha cotidiana que cada hombre joven debe desplegar para intentar mostrarse como se le exige, aparecen marcadamente los roles de proveedor, protector y reproductor.

ii] **La calle** en tanto, es un espacio en que los hombres jóvenes pasan gran parte del tiempo y a la que llegan por un proceso de múltiples causas: *la expulsión social* producida desde sus espacios familiares por el rompimiento interno de las relaciones; lo poco atractiva

---

<sup>8</sup> Esta búsqueda la hemos observado en grupos de jóvenes que se reúnen desde el compartir ciertas cosmovisiones del individuo y de la sociedad, caracterizadas por valores como la solidaridad, la justicia, la democracia y el cambio social. Por ejemplo, grupos de la contra cultura Hip Hop y grupos que practican Batucada. Mientras que otros grupos juveniles manifiestan tendencias a la reproducción explícita de los estilos patriarcales de relación.

que resulta la infraestructura que poseen; y porque *se van autoconvocando* con sus semejantes para producir un lugar donde encontrarse y ser amigos a través de la música, del arte, del trabajo comunitario, del deporte, del consumo de drogas y alcohol, del ocio, de la amistad, de la participación política, entre otros (Duarte, 1997)<sup>9</sup>.

La autoconvocatoria y la expulsión social conviven en un proceso que remite a los hombres jóvenes de sectores empobrecidos a la calle, con mayores posibilidades que a las mujeres jóvenes (Duarte, 2000). Si bien ellas han aparecido en este espacio social con mucha fuerza en los últimos años, todavía es una posibilidad que está negada al ser recluidas a la esfera doméstica por el carácter tradicional que sus familias tienen en el plano educativo y de las relaciones de género (Fuller, 1997).

En la calle, en el barrio o la población, el hombre joven se juega una de las posibilidades claves para la construcción de su masculinidad. En la calle está la permanente puesta a prueba de su condición de hombre según la identidad de género asignada culturalmente y la permanente *demonstración* de que puede cumplir con las normas y exigencias que el medio le va planteando. Para estos hombres jóvenes la calle es el espacio donde demostrar su hombría, ese producto cultural que necesita ser reconocido en los espacios sociales para autoafirmarse.

*Uno se hace hombre en la calle. Porque uno en la calle ve todo. En la calle se aprende a respetar, a hacer cosas... porque uno vive en la calle, si llega a puro dormir en la casa. Grupo de estudiantes, Liceo.*

*Pero eso no lo aprendís aquí en el colegio, se aprende en la calle. Si te vai a meter con una hueona que es pelá, capaz que te dé SIDA. Grupo de estudiantes, Liceo.*

*(La calle) te enseña algunas costumbres. Las buenas, es que te enseña a sobrevivir. Porque si estai en la calle te enseña a sobrevivir y a hacerte respetar, la pulenta. Si vos vai a caminar en la calle tenís que sobrevivir. Grupo de estudiantes, Liceo.*

Ser hombre, en la calle, significa quebrar las leyes que rigen lo público y lo privado. La calle compite con valores del espacio público como son la honestidad, la eficiencia y el pragmatismo; en la calle los valores principales están siendo permanentemente reciclados por el grupo, puestos a prueba, reelaborados (Fuller, 1997).

En estos espacios, *familia y calle*, existe una radicalización de la socialización tradicional que se da bajo el esquema *ser bien hombre*, que es la tendencia a la sobreactuación de lo masculino como una caricaturización de los estilos esperados y de los roles asumidos (Duarte, 2000).

---

<sup>9</sup> Los hombres jóvenes de sectores empobrecidos acceden a la calle viviendo una suerte de privilegio respecto de las mujeres jóvenes que viven los mismos problemas de espacio, pero además sufren la discriminación y son confinadas a las labores domésticas, al cuidado de los hermanos y hermanas pequeñas, o bien pueden acceder a la calle, pero bajo la protección de los amigos y hermanos mayores.

iii] *El Liceo* por su parte, aparece como un espacio para *los aprendizajes invisibles* de las masculinidades juveniles, vinculados por una parte al *ser hombre en el futuro* y por otra, a *lo que se aprende sin decirlo*. De esta manera se concibe al Liceo como una institución social que cumple un rol como medio de integración a la sociedad adulta. En este contexto, se espera que ella sea un espacio social que, junto a los cambios biológicos y psicológicos, se complementarán para definir una persona capaz de desempeñarse eficientemente en un set de roles sociales (Weinstein, 1994). El Liceo exige al joven una participación por obligación que, además, posee una existencia temporal en la vida y no permanece como la familia, aún teniendo ésta una multiplicidad de estructuras en la actualidad. Se espera también que cada joven, en especial los hombres, construyan y mantengan una familia y no se espera que construyan una escuela. En ésta, los discursos y actitudes traspasados como parte de un currículum o en la convivencia diaria tienen la meta señalada de preparación para cumplir ciertos roles.

Esta racionalidad, que mira al joven como en transición hacia convertirse en adulto, y lo invisibiliza en su aporte presente, refuerza al menos dos componentes adultocéntricos: por una parte, el control que el mundo adulto posee de la situación en tanto formador – preparador de las nuevas generaciones, “para conducir los destinos de la patria”; y por otra parte, que los jóvenes van al Liceo a prepararse para un mañana que ya está prefijado en cuanto a sus características y sólo deben hacer lo indicado.

De esta manera la escuela en las sociedades modernas, es el primer agente que separa, gradualmente, a niños y niñas de su hogar, y les introduce en la sociedad más amplia. En el Liceo se espera que todos y todas sigan el mismo currículum, a diferencia de otros espacios como la familia en que se tiende a tratarles desde su especificidad. Podemos adelantar entonces, que el género, como componente de la identidad de los jóvenes, es también un aprendizaje que se da al interior de su Liceo, en la cotidianidad del aula, del patio, de las relaciones, de los modelos circulantes, de los discursos dominantes y aquellos de resistencia. Es, en definitiva, una producción de identidades que en este espacio educativo se produce de manera solapada. A partir de esto, es que concebimos a estos espacios educativos institucionales, la escuela básica y posteriormente el Liceo, como agencias de socialización con alta incidencia en las identidades que construyen los sujetos y sus grupos.

Es importante considerar que la educación no es ya una fórmula de movilidad social para los jóvenes de sectores empobrecidos y es cada vez más difícil concretar la posibilidad de estudios superiores, quedando la mayoría de ellos al margen, conformándose con capacitaciones en oficios. Esto les permite acceder las más de las veces a trabajos de baja remuneración y con condiciones laborales que los desestimulan. De esta forma, las posibilidades de cumplir con el conjunto de exigencias que implican los roles socialmente esperados se instalan en el limbo de las incertezas y las inseguridades. Por ello, encontramos que los estudiantes de enseñanza media manifiestan incertidumbre y desgano respecto de sus perspectivas de vida.

**Tres. Tensiones curriculares en el Liceo: *los modos solapados de enseñar masculinidad.***

El Liceo como espacio de socialización, permite conocer y aprender un conjunto de habilidades sociales y destrezas que, desde el sistema educativo se proyectan como útiles en la conformación de la personalidad y en la futura integración al mercado laboral. Así, la institución escolar se constituye en un espacio para la reconstrucción, difusión y control de los contenidos culturales y de las subjetividades que tienden a condicionar los comportamientos de la población (Torres, 1998). De esta manera, la educación puede ser concebida, según Torres, como un proceso de socialización de jóvenes con la finalidad de contribuir a la reproducción de las relaciones sociales existentes en una sociedad. Desde esta óptica, el Liceo aparece como una institución políticamente activa en la sociedad y rompe la visión conservadora tradicional de la escuela como un espacio social apolítico.

En este marco, se señala que en ciertos grupos de docentes se acepta en forma acrítica el currículum, como un producto elaborado de forma centralizada y dictado desde una instancia superior. En ese contexto los objetivos por alcanzar vendrían dados y lo que se podría discutir es sólo la metodología con la cual se trabajará en el aula. Según Torres, las teorías educativas por muchas décadas sólo se relacionaron con cuestiones de orden metodológico, de gestión y de administración escolar, dejando fuera toda la discusión respecto de las finalidades de los objetivos educativos.

Desde hace un tiempo, la discusión ha incorporado distintas versiones acerca del quehacer del Liceo, abriendo nuevas posibilidades de comprensión y búsqueda para el proceso educativo que en él se realiza. Uno de los ejes de dicha discusión ha estado puesto en el carácter del currículum y en su impacto en los procesos educativos, cuestión no menor si se considera que el rol social atribuido al espacio educativo es entregar un conjunto de contenidos por medio de ciertos métodos, siendo en el currículum donde dichos contenidos y métodos se van sistematizando para constituir la oferta educacional que se realiza.

Existe entonces, un *Currículum Explícito u Oficial* que se constituye por las normas legales, los contenidos mínimos obligatorios o los programas oficiales y, también, por el currículum que cada docente desarrolla en su aula. Es decir, se trata de aquella elaboración que las autoridades de turno han hecho para ser transmitida al conjunto de docentes, para que ellos, a su vez, la transmitan a sus estudiantes. Esta elaboración contiene los preceptos en los cuales dicha autoridad funda sus orientaciones valóricas y de diverso tipo, y los contenidos seleccionados como necesarios para que el joven reciba adecuadamente la preparación a que hemos aludido anteriormente.

A partir de la constatación de la existencia de ciertos grupos de poder en nuestra sociedad, es posible señalar que dicho currículum buscará fortalecer las condiciones necesarias para que estas situaciones se perpetúen en el tiempo y no se promueva o plantee siquiera su transformación. En ese sentido, el currículum es oficial, mientras que su carácter explícito está relacionado con el hecho de ser conocido por las y los docentes y directivos de los centros de enseñanza, así como por las y los estudiantes.

Junto a este currículum explícito, existe según Torres un *Currículum Oculito*, que se refiere a los conocimientos, destrezas, actitudes y valores que se adquieren mediante la participación

en procesos de enseñanza aprendizaje y en las diversas interacciones que acontecen en la cotidianidad de las aulas y demás rincones de los establecimientos educativos. El autor señala que estas adquisiciones nunca llegan a explicitarse como metas educativas a lograr de manera intencional.

Este currículum no siempre va en la dirección de consolidar las intenciones de las versiones dominantes y de los modos de vida y producción vigentes. Esto, porque también constituye Currículum Oculto el modo en que los estudiantes aprenden a enfrentarse a los sistemas de multitudes, alabanzas y poder de las aulas y el modo como aprenden a falsificar su conducta para adecuarse al sistema de recompensas (Altable, 1993). Torres complementa haciendo referencia a que el mundo estudiantil de los establecimientos resiste y altera los mensajes a los que la institución les somete, vale decir, no se genera sometimiento sin más a los dictados, normas, tareas y significados que les imponen sus docentes, sino que de una u otra forma, por medio de diversas expresiones, van manifestando sus rechazos, desacuerdos y a veces alternativas a lo ofrecido.

En este proceso los aspectos relacionados con las producciones identitarias de género y de generación son relevantes en tanto en el Liceo confluyen los muchachos y muchachas, y lo hacen, en su condición de jóvenes. Un ejemplo de esto último es que hoy las mujeres tienen posibilidad de acceso a los distintos niveles de educación sin distinción nominal, a diferencia de las décadas pasadas en que no podían asistir a determinadas instituciones o niveles escolares y se veían obligadas a realizar un específico currículum, destinadas a prepararlas en su rol futuro de buenas madres. Su condición de mujer y de joven quedaba explícitamente evidenciada en la discriminación que sufrían. Hoy ese proceso se hace por la vía de lo implícito, ya que a pesar de la mayor igualdad en el acceso, las prácticas e interacciones en las instituciones educativas siguen teniendo efectos en cuanto a la reproducción del sexismo y de las tareas y trabajos estigmatizados como femeninos, y en el desplazamiento para un futuro adulto de las capacidades presentes que tienen las jóvenes. Hasta ahora buena parte de esta perpetuación de los códigos de género y de generación se realizan, por parte de las y los docentes, vía lo que hemos definido como currículum oculto (Torres, 1998).

Para Josefina Rosetti, en las escuelas se cultivan las desigualdades de género por medio de lo que denomina *pedagogía oculta de género* y que se refiere a las creencias, actitudes y concepciones que llevan a ambos sexos a internalizar roles tradicionales. Se enseña que la mujer debe subordinarse y que debe elegir profesiones “femeninas” que sean compatibles con su rol de esposa y madre, dado que su rol principal en la vida es de tipo doméstico. Mientras que a los hombres se les prepara, también en el espacio educativo, para ser proveedores, consagrando todas sus energías a sus profesiones, dando a su vida afectiva y a su rol de padre una importancia mucho menor. Los hombres, señala la autora, internalizan (en el aprendizaje de roles) la despreocupación por el ámbito familiar y por las tareas que conlleva la vida familiar (Rosetti, 1993).

*Lo implícito* sería la característica central de esta enseñanza por parte del Liceo, para lo cual se establece una jerarquización entre estudiantes hombres y mujeres en la cotidianidad de la sala de clases y en el proceso de enseñanza aprendizaje. Un ejemplo de ello estaría dado

porque la escuela prepara a los hombres para roles estelares: la política y lo público, mientras que a las mujeres se les invisibiliza y/o relega a roles secundarios o de acompañamiento. Así los hombres logran centrar mayormente la atención de sus docentes, quienes interactúan más con ellos, les sacan más veces a la pizarra, les brindan más atención e intentan disciplinarlos tratando que estén quietos. El lenguaje es otro ejemplo de esta cotidianidad implícita y jerarquizada, por medio de él se invisibiliza a las mujeres hablando todo en masculino, llevando a los varones a sentir que son el centro de lo que se realiza. Todavía otro ejemplo en cuanto a las calificaciones, ya que si una niña obtiene buenas notas se trataría de una actitud de esfuerzo, mientras que si lo consigue un niño, se trata de un muchacho inteligente (Rosetti, 1993).

Los hombres son más valorados o reconocidos que las mujeres en el Liceo, según los resultados de una investigación realizada en enseñanza media en nuestro país (Edwards y otros, 1995). Esto se grafica en que las y los docentes muestran mayor tendencia a trabajar con los hombres que con las mujeres del curso, les dedican más atención y valoran explícitamente sus aportes. Cuando se trata de situaciones de indisciplina global se tiende a dirigir las acusaciones en mayor medida contra los hombres, bajo la asociación: hombres = indisciplina y desorden. Esto último lejos de ser un reconocimiento para ellos, constituye dos efectos simultáneos: por una parte, les victimiza desde la estigmatización, y por otra, refuerza la imagen de que las mujeres son pasivas, ordenaditas..., señoritas y los varones son activos, revoltosos..., rudos. Otro ejemplo lo constituye la fidelidad exigida por los estudiantes hombres a las jóvenes mujeres, cuestión que de no existir las sitúa en condición de ser objeto de burla por parte de sus compañeros. Incluso a nivel del “deber ser”, los estudiantes, en sus discursos, logran reconocer igualdad de derechos para hombres y mujeres, pero no así al nivel de la práctica concreta, ya que ellas son tratadas como “locas” o “fáciles” si son infieles y no tienen las mismas posibilidades que los hombres en este ámbito.

Sin embargo, la misma investigación releva que no todos los hombres jóvenes estudiantes tienen concepciones tan tradicionales respecto del estereotipo femenino, incluso algunos reconocen situaciones de discriminación que ellas viven dentro del Liceo. Junto a ello, aparece como importante la constatación de que si bien existen jóvenes hombres que adhieren a las versiones más tradicionales de dichas relaciones, otros están más cercanos a propuestas alternativas, e incorporan la valoración de los aportes femeninos y las posibilidades de igualdad en las oportunidades. Este *medio camino* –como convivencia de lo tradicional y lo alternativo- en que se encuentran los hombres jóvenes, parece ser la característica principal de este tiempo en las relaciones de género y es la que plantea desafíos, tanto para el análisis como para el diseño de acciones educativas en el mundo juvenil, que se encuentra hoy más abierto y permeable a nuevas propuestas de relación entre hombres y mujeres (Duarte, 1999).

Este último proceso descrito, se hace parte de la tensión existente entre los currículum que se plantean, ya sea desde la oferta educativa explícita o desde lo implícito, y un tercer polo, que se ubica dentro de lo implícito, que se constituye de las producciones de los propios estudiantes y que nos muestra sus propias capacidades de producción.

Por ello, a pesar de que los y las jóvenes están siendo socializados en un conjunto de roles sexuales restrictivos, en contraposición, ellos y ellas pueden participar de procesos en que las concepciones se sustenten en mayor libertad de las y los sujetos para desarrollarse en la dirección que sus preferencias y capacidades le permitan y que no se restrinjan a actividades determinadas por roles y valoraciones.

Este conjunto de relaciones de género en el Liceo, se producen dentro de una cierta cultura escolar, al mismo tiempo que la constituyen. Dicha cultura se caracteriza, según Edwards, por tres elementos: i] existe una fuerte negación hacia los jóvenes en cuanto tales y el reconocimiento se da restringido a su rol de alumnos<sup>10</sup>, con lo que se tiende a la homogenización de los sujetos y a la negación de la diversidad de saberes, códigos y sobre todo de capacidades en tiempo presente; ii] existe desconfianza hacia los estudiantes desde el mundo adulto del Liceo, lo que permite fundamentar todas las acciones de control y sanciones que se toman contra ellas y ellos en función de evitar posibles desbordes; iii] la cultura del logro individual continúa fuertemente arraigada en los Liceos, lo que marca el tipo de relaciones que en ese espacio se establecen, reduciendo el sentido de esta institución a que las y los jóvenes demuestren ciertas capacidades esperadas en el marco de la exigencia del currículum oficial (Edwards y otros, 1995).

La lógica del *deber ser*, en los contenidos y en los discursos es lo que viene a caracterizar a esta cultura escolar. De ese deber ser, definido por el mundo adulto, los jóvenes tienden a sentirse lejanos y lo sienten desligados de sus vidas. Por ello plantean que la oferta que se les realiza tiende a no satisfacer sus expectativas, llevándoles a la generación de conductas de rechazo y de micro asociaciones que les permitan constituir identidades y fortalecerse en el espacio Liceo. A pesar de que el discurso adulto restringe las posibilidades que tienen estos jóvenes de conformar dichas identidades en el Liceo, ellos realizan esta construcción en tensión: entre las ofertas del Liceo y sus propias expectativas e intereses.

De esta manera, si la cultura escolar tiende a establecer estos marcos relacionales, son los propios jóvenes, como sujetos participantes de dicha cultura y del espacio en que ella se verifica, los que producen una (contra) cultura juvenil estudiantil en contraposición con lo que se define como cultura oficial en el Liceo. A la homogeneización impuesta desde el currículum oficial, las y los jóvenes oponen procesos de diferenciación por medio de diversos símbolos que demarcan nuevas posiciones en distancia y contradicción con lo impuesto. Si bien muchos de estos símbolos los portan y traen consigo desde otros espacios sociales (el barrio, la familia, el grupo de semejantes, etc.) en el Liceo operan, se resignifican y se legitiman. De esta forma, hacen frente a la tendencia homogenizante que niega la diversidad y riqueza de las expresiones juveniles. También existe otro riesgo que es la folclorización de dichas expresiones juveniles, reduciendo la noción de cultura juvenil a las manifestaciones más espectaculares que ellas realizan (Feixá, 1998). En ese sentido, la noción de espectacularidad pone el acento en los aspectos más bien estéticos de dichas culturas y cierra

---

<sup>10</sup> Alumno significa sin luz. Si esto es así, ¿quién les dará la luz?, ¿en qué momento la poseerán en sus vidas?, ¿cuándo sean adultos?. El rol del docente cuál es ¿darle esa luz?.

la posibilidad de reconocer manifestaciones e ellas en aquellas agrupaciones o procesos juveniles que son parte del modo tradicional instalado en la sociedad. Por ejemplo, dentro del Liceo existen los hombres cuyo mayor afán es el fútbol y en torno a él, practicarlo o verlo como hincha de club, despliegan buena parte de sus cotidianidades. Otro grupo importante de tomar en cuenta son aquellos jóvenes cuya mayor preocupación es obtener buenas notas: los “mateos” del curso.

De esta forma, culturas juveniles en el espacio del Liceo nos remite a una diversidad que ha de considerarse desde las producciones y reproducciones que los distintos jóvenes y sus colectivos –más o menos estructurados- realizan en dicho ambiente y que les permite posicionarse y elaborar argumentos para la comprensión de sus historias. Como señalamos, algunos de estos modos de producción juvenil pueden alcanzar niveles de contradicción con los modos oficialmente impuestos por el sistema educacional y avanzar en la capacidad de proponer alternativas a dichas fórmulas: los hemos llamado contraculturas estudiantiles. Estas últimas pueden estar en sintonía con las propuestas que algunos actores del mundo adulto, todavía minoritarios, pero importantes de considerar, plantean respecto de las posibilidades de construir el currículum escolar de manera participativa y con mayor pertinencia respecto de las necesidades, intereses y sueños de los jóvenes estudiantes y sus entornos comunitarios.

Para Jurjo Torres se trata de la construcción de un Currículum Crítico, definido como la selección de otros contenidos culturales, como forma de reconstruir el conocimiento disponible en la comunidad y, también, de innovar en las estrategias de enseñanza y aprendizaje que faciliten este proceso de reflexión, de participación democrática y de ejercicio de la responsabilidad y solidaridad (Torres, 1998). Este currículum innovador, de características humanistas para el autor, permitiría el despliegue de una pedagogía invisible compuesta de una jerarquización implícita, mucho menos rígida que la pedagogía tradicional o visible, en la cual los estudiantes poseerían mayor autonomía y control sobre sus actos, sobre las tareas que van a desarrollar y sobre las interrelaciones que establecen tanto con las y los docentes como con sus compañeros y compañeras.

Esta alternativa implica tomar más en cuenta los intereses y experiencias de los y las jóvenes estudiantes como base del trabajo escolar. Junto a ello debieran constituirse organizaciones interdisciplinarias en el establecimiento, con lo que se darían posibilidades a estudiantes y docentes de participar en la selección, organización y secuenciación de los contenidos curriculares. En el ámbito de la evaluación también debieran incorporar nuevos criterios, más flexibles y difusos, menos rígidos que en los modelos de pedagogía tradicional.

Ahora bien, hemos de considerar que los hombres jóvenes no reconocen al Liceo como un espacio socializador, a diferencia de la calle (Duarte, 1999). Principalmente porque constituye un espacio obligatorio y, en la mayoría de los casos no existen muchas posibilidades de elegir si se participa o no, de forma similar a lo que ocurre con la familia.

*En el Liceo no, yo estoy en un Liceo de puros hombres hay mucho leseo, las profesoras se dedican mucho a enseñarte no más, de repente te orientan, cuando van los inspectores te orientan. Pero los profesores se dedican más a enseñarte la materia,*

*como que no hay una relación de profesor - alumno muy abierta, es como más, que yo llego así yo soy profesor de matemáticas y voy a enseñar matemáticas y se pasan toda la hora enseñando, eso como que no te pega. **Rodrigo, rockero.***

*En el Liceo nunca me enseñaron nada de como ser hombre, pero yo lo veía no más, por ejemplo los profesores nunca me dijeron “ya los hombres acá, las mujeres acá, usted esto”, no, nunca. **Andrés, rockero.***

*Aquí nada, llegan los profes, se ponen a escribir y de ahí se van. (...) Pasan materia y se van. Ningún profe se ha parado adelante a hablar de la madurez. **Grupo de estudiantes, Liceo.***

*Es que en el colegio nunca le enseñan a uno como ser hombre, uno aprende solo, uno busca la forma como ser hombre. Uno al colegio viene a pasarla bien y a las cosas que pasan no más. **Grupo de estudiantes, Liceo.***

Las carencias del Liceo para incorporar la socialización de género, aquello que tiene que ver con ser - hacerse hombre, se describen por medio de un conjunto de argumentos que les permiten elaborar la inexistencia de esta socialización en el Liceo, y la relacionan con que la acción de enseñanza no asume esta temática y sí se asumen otras que la niegan. Por ejemplo, se reclama que los docentes sólo se dedican a pasar materia y no establecen relaciones de otro tipo con sus estudiantes; también se señala que existe falta de confianza con los docentes para establecer relaciones cercanas que vayan más allá de los roles que a cada cual le corresponden en el Liceo; se plantea que falta un discurso explícito sobre la temática desde los docentes; se asocia por parte de los jóvenes estudiantes, la presencia de la temática *ser hombre*, con conversar temas como la madurez o el desarrollo personal, lo que muestra un primera aproximación del ser – hacerse hombre con cuestiones relacionadas al crecimiento de cada persona; finalmente, también se plantea que al Liceo se va a pasarlo bien y los temas relacionados con la identidad de género quedan fuera de ello.

De esta forma, el Liceo cumple su función social pero no abarca aquellos aspectos relacionados con lo personal. Se funcionaliza la relación entre docentes estudiantes, quedando ella confinada a los aspectos meramente académicos, negando la posibilidad de abrirse a ámbitos mas de crecimiento personal y de relaciones humanas.

Junto a esta incapacidad del Liceo, que al primer decir de los estudiantes no les aporta nada en su identidad de género, aparece la reiteración de la calle como espacio de aprendizaje válido y reconocido. Es más, se cuestionan por qué el Liceo habría de hacerlo, pareciera que la negación de su aporte es coherente en tanto no le correspondería involucrarse en esto. Si el Liceo no asume, ellos no se quedan solos, en la calle están los elementos, buenos y malos dicen, desde donde aprehender a ser hombre.

*Pero es que yo no diría eso, yo no diría ah el Liceo me enseñó a ser hombre, no tengo por qué decirlo, porque el colegio ¿qué me va a enseñar a ser hombre?... nada... ¿qué*

*tendría que hacer?. El colegio no es para que uno se haga hombre. Grupo de estudiantes, Liceo.*

El Liceo no es *para hacerse hombre*. Los jóvenes muestran como su masculinidad en construcción es fruto de pruebas permanentes, que no aparecen en el Liceo. Para hacerse hombre, para construirse, el Liceo no es un espacio reconocido. Es tal la organización vigiladora y castigadora que existe en el establecimiento que la condición de no poder en que se encuentran los jóvenes les lleva a negar su validez como lugar de socialización. Pareciera que en el Liceo no se logra poner a prueba la masculinidad, ella necesitaría de un espacio de libertad para conquistar y marcar territorio, para seducir mujeres y probar la potencia sexual, para ser activo y no femenino. La verticalidad de la institución escolar niega los premios, invisibiliza el necesario reconocimiento que la masculinidad en construcción necesita. Ser el último en la escala organizacional del Liceo, carecer de poder, desestabiliza la búsqueda, la prueba y el constante competir. A diferencia de la calle, el Liceo posee autoridades sancionadoras que no permiten la expresión de aquellos aspectos de la masculinidad juvenil que la calle posibilita y potencia.

Se suma a lo anterior el hecho de que socialmente el Liceo posee un peso institucional en el imaginario social que lo llena de formalidad y le reduce sus condiciones de posibilidad a lo meramente funcional en el sentido lato de su rol: preparar a los jóvenes para el recambio generacional. Ello es leído socialmente como entregar conceptos, habilidades técnicas y finalmente un título o una licencia que deje en condiciones de integrarse al mercado laboral. Lo más cercano al desarrollo personal con que se define el rol del Liceo en nuestra sociedad es la formación en conducta, tarea para lo cual se entrega todo el control al establecimiento, por parte de padres y madres, autorizándoles para corregir a los educandos y para llevarles a un comportamiento adecuado con su situación de individuos en preparación. Se espera que aprendan a ser respetuosos de los mayores y de las tradiciones, responsables y trabajadores, esforzados y en el caso de los hombres jóvenes como ya señalamos, que se preparen para formar una familia, protegerla y proveerla y además multiplicarse en descendencia.

Si bien algunos jóvenes consideran que al Liceo no le corresponde asumir estas temáticas, ni involucrarse en los ámbitos de la formación de su identidad de género, existen quienes creen que este es un aspecto no considerado en el diseño que desde el nivel ministerial se realiza. Vale decir, en lo explícito del currículum este aspecto no aparece porque habría una decisión de no hacerlo. Ya en el nivel del establecimiento, se corrobora esta situación, en tanto los docentes no son pagados para ello, por lo que lo excluyen de cualquier planificación. Es más ante la solicitud de incorporarlo, se dificulta la posibilidad ya que existe presión por cumplir sólo con la exigencia que el diseño académico del Liceo plantea.

*Se llevan mucho por los papeles que manda el Ministerio, porque todo lo que enseñan aquí es mandado de arriba. Grupo de estudiantes, Liceo.*

*No hablan de eso, es que no les pagan por enseñar eso. Porque están controlados. Yo le dije el otro día al profesor, “dé unos temas”, él me dijo que le gustaría pasar esto*

*y esto otro, “pero tengo este plan de estudios y si no lo sigo, a mí a fin de año me castigan”. Entonces va de arriba, no de los profesores. Grupo de estudiantes, Liceo.*

De esta manera vemos como el Liceo es percibido por los hombres jóvenes como lugar para conocer lo estrictamente curricular, y en ese currículum no aparecen los contenidos referidos a las identidades de género. Se suma a ello que los profesores son vistos con lejanía, ya que como educadores se preocupan más de esos contenidos que de otros que tienen que ver con valores, situaciones cotidianas y de la construcción de identidades.

#### **Cuatro. La socialización en el Liceo. Aunque no se vea existe.**

Todo este planteamiento, respecto de que el Liceo no socializa, se desdice en el propio discurso juvenil, en el segundo decir que trae su habla individual y colectiva, ya que son diversos los momentos de la cotidianidad escolar en que se pueden reconocer los distintos factores de la socialización tanto de género como aquella relacionada con lo generacional.

**Las relaciones con las mujeres** son un elemento central en este proceso de construcción de las identidades de género, ya sea para asemejarse con ellas (“tenemos los mismos derechos y debiéramos tener igualdad de oportunidades”), para diferenciarse de modo simple (“somos distintos, pero no por eso desiguales”) o en contradicción con sus características (“soy hombre porque no soy mujer”). Un espacio que facilita este mirarse en ellas, es el señalamiento de las tareas que corresponden a hombres y aquellas que corresponden a mujeres:

*En la escuela también lo dicen. Pueden decirlo, a ver, cuando se habla sobre cosas laborales, dicen que el hombre tiene muchas más oportunidades que las mujeres y ahí dicen que la mujer, o se busca un esposo o tiene que tener suerte. Sí, se me ocurrió recién, por ejemplo si necesitan ayuda para traer alguna cosa, los puros hombres las mujeres no; hay que mover unos bancos y traerlos a la otra sala los hombres, los hombres de este curso no más pueden ayudar, no las mujeres. Como que ahí se nota, pero en lo demás todo parejo, no hay diferencias. Juan Pablo, rapero.*

Como vemos en Liceo algo se dice respecto del género. Existe pero no se ve, está presente, pero ausente a los ojos de la primera mirada. Es necesario remirar para ver esta existencia.

**Las imágenes y ejercicios de los textos de estudio**, son ejemplo de otros componentes de esta socialización implícita – oculta, que tienden a reforzar los modelos y patrones de la masculinidad tradicional. Comúnmente la mujer aparecerá en tareas domésticas y el hombre en la calle; la mujer con hijos - hijas en sus brazos y el hombre trabajando; la niña jugando con muñecas, el niño estudiando o jugando con camiones. Los ejercicios de matemáticas también refuerzan esta orientación que termina apareciendo como naturalmente producida, la mujer hace compras y los hombres calculan materiales para una construcción.

**El ser profesional**, para cumplir el rol esperado en la familia y en el campo laboral, también se señala como constitutivo del aporte para ser hombre. Esta es una exigencia del Liceo:

*Lo único que le piden a los hombres es ser profesional para después llevar bien puesto los pantalones, o sea que manden en la casa, que pongan la plata. **Camilo, rockero.***

**Educación Física es una asignatura** en que aparece con claridad el trato distinto entre hombres y mujeres. La conversación que sostuvieron los jóvenes en la entrevista nos muestra el camino que sus discursos recorren para elaborar su realidad,

*- No, cómo van a ser iguales. Nosotros tenemos que levantar pesas... la exigencia es más grande, o sea es obvio que la mujer va a tener que levantar menos pesas que el hombre... Por naturaleza el hombre es más fuerte y la mujer es más delicada en todos los sentidos, pero no por eso debe estar al margen del peso, o sea levantar pesas igual la mujer lo puede hacer..., pero en otro rango.*

*- Yo pienso que es machismo, porque de hecho tenemos la misma capacidad, incluso hay mujeres que son más musculosas que uno... eso según la resistencia física que tenga la mujer.*

*- Son más flojas, no se trata tanto de resistencia..., es que son más flojas. **Grupo de estudiantes, Liceo.***

Se va desde la naturalización de las diferencias, planteadas como una obviedad sin remedio, hasta el reconocimiento de las igualdades entre unos y otras. También es argumento considerar que las mujeres son flojas y por lo tanto la responsabilidad de lo que acontece es de ellas. Esta sola reflexión evidencia la existencia de un proceso de socialización respecto de las relaciones de género: hay aprendizajes y hay toma de posición respecto de ellos. En esta conversación de jóvenes aparecen las masculinidades en convivencia: el discurso tradicional patriarcal con una visión paternalista y la versión tendiente a lo alternativo.

**La elección de especialidades**, en el caso de quienes estudian en Liceos Técnico Profesionales, es también un resultado y una expresión de las condiciones generadas por las relaciones de género en el establecimiento. En algunos casos se trata de Liceos en que existen especialidades socialmente definidas para hombres (mecánica, electromecánica, electrónica, construcción habitacional, etc.) y otras para mujeres (vestuario, control de calidad, secretariado, etc.), a pesar de que en la conversación se afirma que cualquiera puede elegir lo que desee.

*Es que estudian mujeres, pero les dicen, “mira, este trabajo es para hombres, no vas a estar con un overol arreglando una cuestión porque se ve mal...”, las discriminan igual... **Grupo de estudiantes, Liceo.***

En este aprendizaje los hombres jóvenes van desplazándose entre lo tradicional y lo alternativo. Plantean la posibilidad de igualdad en la elección, pero al mismo tiempo dejan ver su socialización tradicional al no concebir plenamente la existencia de mujeres en roles

definidos previamente como masculinos o viceversa, ya que como se aprecia en la siguiente conversación, tanto hombre como mujer que no se ajustan a los cánones reciben una sanción que cuestiona su identidad sexual y de género.

- *No, nada que ver. Porque el hombre y la mujer pueden realizar el mismo trabajo.*

- *Había una mina en primero que estaba estudiando mecánica. Igual hay cabros que estudian secretariado, hay un único hombre en el curso. Lo malo es que hay mucho machismo, o sea dicen es maricón altiro. Te marcan así por tus cuatro años de estudio altiro, no es fino, es hueco altiro.*

- *Y la mujer es ahombrá. Es que es extraño. Por ejemplo, ver una mujer en mecánica es extraño, pero si le gusta, igual... Por ejemplo un hombre estudiando secretariado también es extraño, pero si uno conoce a la persona... **Grupo de estudiantes, Liceo.***

En este proceso los docentes son parte activa. Ellos también establecen las diferencias y van marcando con sus exigencias diferenciadas un cierto imaginario respecto de los hombres y mujeres, sus capacidades y roles. Nuevamente es interesante observar la tensión que se produce en la reflexión juvenil, entre cuestionar lo tradicional o aceptarlo como forma de respeto y hasta protección hacia las mujeres, a quienes ven como más débiles e imposibilitadas de hacer ciertas cosas, en especial aquellas relativas al uso de fuerza física.

- *(El trato de los profesores a las mujeres que estudian mecánica o a los hombres que estudian secretariado) Es igual, el mismo no más. Por ser mandarlas a serruchar y todas esas cosas, yo creo que igual las mandan, pero a trabajos más livianos.*

- *Claro, no le va a decirle a la mina toma llévate esta cuestión p'a allá... **Grupo de estudiantes, Liceo.***

**La disciplina escolar** y la falta a ella, es otro de los elementos en que la socialización oculta va emergiendo en la conformación de las identidades de género. Los hombres reclaman ser estigmatizados como los desordenados y los responsables de todas las situaciones que se dan en ese ámbito y que implican falta a la norma establecida. Esto se generaría por una cierta visión anterior que muestra a las mujeres como pasivas e incapaces de efectuar desórdenes o pelear, y a los hombres como activos y con mayor tendencia a las prácticas llamadas indisciplina.

*A las mujeres las tratan diferente porque nunca va a pensar alguien que una mujer va a quemar un basurero o va a tirar una silla o va romper algo. Lo hacen, pero nos pescan a nosotros primero. Y a los más desordenados siempre. **Grupo de estudiantes, Liceo.***

*Yo me he dado cuenta de eso. Hay profesores que les da por retar más fuerte a un hombre que a una mujer. **Grupo de estudiantes, Liceo.***

*Pero, por decir algo, si hay cinco mujeres y dos hombres metidos en un grupo, y empiezan a tirarse sillas y a quemar basureros. Llegan ahí, ¿quién fue?, cachan con los hombres no más... **Grupo de estudiantes, Liceo.***

En esta relación de hombres y mujeres jóvenes en el Liceo, aparece de parte de los primeros este reclamo que no está dirigido hacia ellas, sino hacia la autoridad. Tiene que ver con un cierto juicio a priori que ésta haría al no indagar convenientemente en las situaciones conflictivas, sino que tiende a “cargar” al hombre con la culpa o responsabilidad. Aquí aparece la expresión de una autoridad que refuerza y actúa en función del patrón hombre desordenado, mujer víctima de dicho desorden. No se pretende decir aquí que ello no ocurra, sólo se destaca el tipo de manifestaciones de la socialización patriarcal, que tienden a reforzar en los varones los rasgos de una hombría al estilo tradicional.

*De repente sí. El hombre de repente siempre es más desordenado, de repente una mujer te puede decir algo o hacer algo, te puede pillar el profe y siempre como cargan más para el lado del hombre, que el hombre tiene la culpa, de repente la mujer no, la mujer tiene que ser muy señorita, como va a hacer esto, por eso pienso que siempre se cargan más para el hombre cuando hacen algo malo. **Rodrigo, rockero.***

**La sexualidad juvenil** es otro elemento de este proceso socializador. Si bien ya se señaló la ausencia de espacios para abordar estas temáticas en explícito en el Liceo, en la cotidianidad del discurso aparece y se va instalando. Por medio del discurso normativo, en la comunicación del deber ser del hombre, y por medio del humor, esta temática se hace evidente en especial en los espacios masculinos entre jóvenes y con sus docentes hombres.

*Sí, tallas buenas. De repente en la misma tele, en la misma programación así, profe, vio la mina que salió aquí, sí, estaba buena..., pero llegar a un tema así de sexualidad más profundo con él, no pasa nada. **Grupo de estudiantes, Liceo.***

*Es que cuando uno dice la palabra hombre pasa mucho por la sexualidad. Es fundamental, porque yo soy hombre, me gustan los hombres n'a que ver. Uno es hombre y le gustan las mujeres, obvio. **Grupo de estudiantes, Liceo.***

La importancia de esta temática en la vida de los hombres jóvenes tiene que ver con que en ella se juega parte importante de su identidad masculina. Es por medio de su opción sexual, de cómo viven su sexualidad que se define su identidad como hombre. Sin embargo, esta definición de identidad por la vía de la sexualidad también se hace desde la naturalización de lo que le corresponde al hombre: *le deben atraer las mujeres*. Ello sería lo constituyente del ser hombre.

A pesar de la importancia que posee esta temática de la sexualidad, ella está ausente en lo explícito y sólo se hace presente en el discurso implícito del Liceo, lo que lleva a su debilitamiento en cuanto a las potencialidades socializadoras en perspectivas liberadoras para los jóvenes estudiantes. Si bien en algunos Liceos, se han realizado procesos para su incorporación explícita en el currículum, ello no logra resolver las producciones que desde el discurso adulto se realizan y que muchas veces se transmiten a los jóvenes por la vía de la broma o por medio de ciertas normas de conducta.

**El discurso del futuro, en tanto hombres adultos responsables** es otro elemento de esta socialización implícita que el currículum oculto, aquel conjunto de normas y códigos

producidos y transmitidos al interior del establecimiento, va imponiendo a los jóvenes en el Liceo. Los jóvenes plantean que a ellos no se les habla de formar familia, lo que sí se haría con las mujeres.

*Ahí mismo, en la formación siempre dicen que ya está bueno que maduren, que se porten como futuros profesionales, como hombres. Grupo de estudiantes, Liceo.*

Vale decir, el Liceo incide y señala modelos no abiertamente pero sí incorporados en la cotidianidad escolar. Los discursos van socializando y de alguna manera entregan el *deber ser*. Este currículum invisible, no programado, existe en el día a día del Liceo e incide con fuerza en la construcción de la masculinidad juvenil y en las relaciones de género. Él va señalando las conductas y estilos de relaciones que se establecen desde el imaginario social de lo esperado y lo considerado “bueno” para hombres y para mujeres. Este currículum seguirá siendo invisible u oculto mientras no se desplieguen acciones concretas para develarlo o para integrar a lo oficialmente definido las temáticas aquí enunciadas y otras que la especificidad de la experiencia indiquen como importantes.

#### **Cuatro. Proyecciones para la intervención educativa con hombres jóvenes en el Liceo, con perspectiva de género.**

Hemos destacado el carácter procesual y dinámico, por lo mismo cambiante, que tiene la producción de identidades masculinas juveniles. Es importante en ese contexto, considerar las posibilidades que se abren para fortalecer las incipientes y a ratos contradictorias opciones que los hombres jóvenes plantean. Ese campo genera condiciones de posibilidad para articular alternativas a la masculinidad tradicional, tanto en el Liceo, en otros espacios de la cotidianidad juvenil, como en las distintas expresiones de la organización social.

Un elemento central, que orienta dichas posibilidades y desafíos es la certeza de que tal como la masculinidad tradicional surge y se va consolidando en la historia, como un estilo de relaciones que niega la dignidad de hombres y mujeres, es posible entonces desde la generación de una corriente contracultural, contraponer actitudes, valores y estilos de relación que vayan en la perspectiva de una masculinidad alternativa. Las posibilidades de construir nuevas formas de relaciones de género en que hombres y mujeres se constituyan como sujetos en proceso de permanente liberación, es una condición de posibilidad para ese carácter alternativo que se pretende encontrar.

En ese proceso, el Liceo como espacio socializador, debe intentar hacer explícito los contenidos del currículum oculto, por medio de la elaboración de un currículum crítico que contenga los aportes y las expectativas de estudiantes, docentes y otros actores de las comunidades educativas. Se trata entonces de resocializar la masculinidad hegemónica, hacia diversas expresiones de masculinidades que se hagan cargo de las especificidades y orientaciones particulares de los diversos tipos de joven que encontramos, incluyendo abiertamente en estas apuestas, las construcciones de identidades desde opciones sexuales homosexuales u otras, no reduciéndolas a lo heterosexual como sinónimo de normalidad.

Para ello, se sugiere desde los propios jóvenes, la realización de acciones de conversación explícita de temáticas referidas al desarrollo personal en que se escuche y atienda a las voces juveniles en diálogo con las versiones de los demás actores del Liceo. Las acciones educativas encaminadas a promover y fortalecer conductas que animen la expresión afectiva corporal, la resolución de conflictos por métodos no violentos sino que constructivos, el respeto por las cosmovisiones femeninas, el conocimiento de las propias cosmovisiones masculinas, el reconocimiento del cuerpo masculino y sus posibilidades de placer y expresión, la disposición a entregarnos en el amor, la afectividad y la intimidad sexual, la participación activa en los quehaceres domésticos y la crianza de hijos e hijas, la articulación de relaciones de pareja horizontales, el compartir y aceptar el aporte femenino a la provisión del grupo familiar, la aceptación de la participación protagónica de la mujer en espacios y organizaciones sociales, políticas y pastorales, entre otros, son algunos de los desafíos que se plantean en este marco.

De manera similar, las posibilidades que abren las posturas generacionales, que si bien los jóvenes reconocen en el mundo adulto los modelos de sus identidades, en el mismo movimiento van cuestionando la forma de ser adulto como quienes renuncian a los sueños, a las esperanzas y se establecen en el mundo tradicional, sin capacidad de propuesta y de cambio. Ello implica que también en la perspectiva generacional deben desplegarse algunas acciones que permitan reconstruir los puentes relacionales, que entre el mundo adulto y el mundo joven se han venido rompiendo desde hace décadas.

Las identidades de género y de generación, ser hombre joven, junto a los aportes de la clase: ser hombre joven de sector empobrecido, señalan un conjunto de atributos que van mostrándose con claridad día a día y que exigen de la investigación social una atención particular. La mirada hacia o desde este sector debe buscar ser caleidoscópica, única posibilidad para dar cuenta de su riqueza y pluralidad.

## **BIBLIOGRAFÍA**

**Altable Rosario.** (1993) *"El currículum oculto: la coeducación sentimental"*. En Educación y Género: Una Propuesta Pedagógica. Ediciones La Morada–Ministerio de Educación. Santiago.

**Askew Sue y Ross Carol** (1988) *Los chicos no lloran. El sexismo en educación*. Piados Educador. Barcelona.

**Bernstein Basil.** (1988) *Poder educación y conciencia. Sociología de la transmisión cultural*. CIDE. Santiago.

**Bernstein Basil.** (1990) *La estructura del discurso pedagógico*. En Colección Pedagogía, Volumen IV. Londres.

**Callirgos Juan Carlos.** (1996) *"Sobre Héroe y Batallas. Los caminos de la identidad masculina"*. Escuela para el Desarrollo. Lima, Perú.

**Campos Álvaro y Salas José.** (2002) *“Masculinidades en Centro América”*. Lara Segura Editores, San José.

**Canales Manuel.** (1994) *“El discurso sobre sexualidad entre estudiantes de educación superior, clase media-baja”*. CORSAPS N° 13, Santiago.

**Cazés Daniel.** (1993) *“Normas del “hombre verdadero” en Kafka y Sartre. Pasos de una metodología y elementos para asumir una masculinidad crítica”*. UNAM, México.

**De Barbieri Teresa.** (1992) *“Sobre la categoría género. Una construcción teórico-metodológica”*. En Fin de siglo y cambio civilizatorio. Ediciones de las mujeres, N° 17. Isis, Santiago.

**De Lauretis Teresa.** (1991) *“Estudios Feministas/Estudios críticos: problemas, conceptos y contactos”*. En El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple. Carmen Ramos Escalón comp. Editorial UNAM, México.

**Duarte Klaudio.** (1994) *“Juventud Popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen”*. LOM Ediciones, Santiago.

**Duarte Klaudio,** (1997) *“PARTICIPACIÓN COMUNITARIA JUVENIL. Miradas desde las lunas y los soles en sectores populares”*. Instituto de la Mujer, Santiago.

**Duarte Klaudio,** (1999). *“MASCULINIDADES JUVENILES EN SECTORES EMPOBRECIDOS. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo”*. Tesis para optar al Título de Sociólogo. Universidad de Chile. Santiago.

**Duarte Klaudio,** (2000). *¿Juventud o Juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente.* En Revista Última DÉCADA N° 13, CIDPA. Viña del Mar.

**Edwards Verónica y otros.** (1995). *“El Liceo por dentro. Estudio etnográfico sobre prácticas de trabajo en educación media”*. Santiago.

**Fuller Norma.** (1997) *“Fronteras y retos: varones de clase media del Perú”*. En Masculinidad/es. Poder y crisis. Isis Internacional - FLACSO Chile. Ediciones de las Mujeres N° 24. Santiago.

**Gilmore David.** (1994). *“Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad”*. Paidós. Barcelona.

**Gomáriz Enrique.** (1992) *“Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas: periodización y perspectivas”*, en Fin de siglo y cambio civilizatorio. Ediciones de las mujeres, N° 17. Isis. Santiago.

**Kaufman Michael.** (1989) *“Hombres, placer, poder y cambio”*. CIPAF. Santo Domingo.

**Kimmel Michael.** (1992) *“La Producción sobre Nueva Masculinidad”*. En Fin de siglo y cambio civilizatorio. Ediciones de las mujeres, N° 17. Isis. Santiago,

**Matus Christian.** (1997) “*Alternativo/Masivo. Una mirada de generación y de género al consumo cultural de jóvenes de sectores medios*”. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, P. I. E. G. Santiago.

**Montecino Sonia.** (1996) “*Devenir de una traslación: de la mujer al género o de lo universal a lo particular*”. En Montecino S. y Rebolledo L. Concepto de Género y Desarrollo. Universidad de Chile, PIEG. Santiago.

**Olavaria José y otros.** (1998) “*Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago*”. FLACSO-Chile/UNFPA, Santiago.

**Perez Diego y Mejía Marco.** (1997) “*De calles, parches, galladas y escuelas. Transformaciones en los procesos de socialización de los jóvenes de hoy*”. CINEP. Bogotá.

**Rebolledo Loreto.** (1998) “*Género y espacios de sociabilidad. El barrio, la calle, la casa...*”. Universidad de Chile, PIEG. Santiago.

**Rosetti Josefina,** (1993) “*La práctica pedagógica discrimina a las mujeres. Efectos sobre la vida adulta*”. En Educación y Género: Una Propuesta Pedagógica. Ediciones La Morada – Ministerio de Educación. Santiago.

**Salas José.** (1996) “*La mentira en la construcción de la masculinidad*”. En Revista Costarricense de Psicología, N° 24. San José..

**Torres Jurjo,** (1998) “*El currículum oculto*”. Ediciones Morata, Sexta Edición. Madrid.

**Weinstein José.** (1994) “*Los Jóvenes y la Educación Media*”. En Instituto Nacional de la Juventud. Primer Informe Nacional de Juventud. Santiago.

## **Cuerpo, Poder y Placer. Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos<sup>11</sup>.**

### **Uno. A propósito del contexto latinoamericano y caribeño**

*Para vos, lo peor  
es la libertad.*

*Estoy rodeado de viejos vinagres,  
todo alrededor.*

#### **SUMO**

Para iniciar la conversación es necesario señalar algunos factores del contexto en que nuestras sociedades de El Caribe y de América Latina se encuentran hoy y que nos dan un cierto panorama desde el cual hemos de mirar las experiencias juveniles de los países de la región y también las posibilidades de realizar acciones y movilizaciones para la construcción de relaciones de género tiernas y liberadoras.

Un primer factor es la creciente agudización de las diferencias entre sectores ricos y empobrecidos de nuestros países, fruto de un sistema económico de mercado, que sustentado por la ideología neoliberal, se organiza a partir de la exclusión de grandes sectores de la población y con la generación de condiciones inhumanas para la vida de esos grupos. Estos efectos se vuelven más perversos a la luz de un discurso que releva como logro del mismo sistema, la existencia de indicadores macroeconómicos positivos, pretendiendo con eso acallar las críticas que reclaman por la inequidad cada vez más alta en acceso a educación de calidad, atención de salud pertinente y oportuna, en acceso al trabajo con condiciones y salarios dignos, en condiciones de vivienda y vestido que fortalezcan la auto percepción de dignidad y felicidad en la población, entre otras carencias.

Una mirada aguda desde las realidades permite ratificar lo que señalamos en las comunidades con que día a día y noche a noche nos vinculamos en nuestras experiencias organizativas y educativas. Ellas nos muestran lo dramático de esta situación y los efectos –quizás sin retorno- que se están produciendo en esta población. Irrita lo que este proceso está generando en niños, niñas y jóvenes de sectores empobrecidos y capas medias.

En el ámbito político, la tendencia más fuerte en este momento, se relaciona con la creciente desmovilización de la población, respecto de las situaciones que cotidianamente les afectan. Las fórmulas tradicionales de hacer política, amparadas en prácticas políticas elitistas y

---

<sup>11</sup> Publicado en: Revista PASOS N° 125, DEI, San José de Costa Rica, Mayo – Junio 2006. Páginas 32-44. En este texto se recogen algunas ideas fuerza presentadas en el Encuentro sobre Género organizado por el Departamento Ecuménico de Investigaciones en San José de Costa Rica, en el mes de Diciembre del dos mil tres. También en el Primer Encuentro Caribeño por los Derechos Sexuales y Reproductivos de Jóvenes, organizado por el Grupo Germinando Ideas y la Colectiva Mujer y Salud en República Dominicana en el mes de Septiembre del mismo año.

efectistas, van produciendo en las comunidades sensaciones de desgano respecto de las posibilidades reales de incidir en las decisiones que tienen implicancias en sus vidas. Grafican lo anterior, el bajo nivel de participación de diversos grupos sociales en organizaciones tradicionales como partidos políticos, federaciones estudiantiles y sindicatos, entre otras; así como el alza en la abstención de votar en los procesos electorales.

A nuestro juicio, la sensación que existe en los mundos juveniles en este ámbito es de bronca y malestar respecto de un mundo, al que perciben como viejo y corrupto, que toma decisiones y cada vez les excluye más de esa posibilidad, a pesar de que el llamamiento público es a la participación, pero ello se hace con la condición de que se integren según las normas que ese mundo adulto ha definido. Es decir participación fragmentada, sin contenidos y sin crítica social. Así las posibilidades de construir y ejercer derechos, de ejercer ciudadanía activa y deliberante y las posibilidades de empoderarse en sus procesos identitarios, aparecen lejanas y llenas de obstáculos. Preocupan los efectos de esta situación en niños, niñas y jóvenes de sectores empobrecidos y capas medias.

En el ámbito de lo cultural -como construcción social de ciertos procesos simbólicos que inciden en los estilos relacionales de cada sociedad, entre los diversos sujetos y de cada cual consigo mismo y su entorno- el factor central en este momento de nuestra historia tienen que ver con el abandono de la esperanza. A nuestro juicio, lo que se viene imponiendo desde las agencias de dominación, desde los países más ricos del planeta, es la noción de que no hay posibilidades de cambio y que la historia marcha hacia la única alternativa posible, que es un mundo controlado y dirigido por dichas potencias y que ha de vivirse y pensarse según como ellas nos van señalando. Estas fuerzas poseerían una capacidad que resulta incontrarrestable y por lo tanto pueden decidir lo que se debe hacer, pensar y sentir. Quien pretenda contradecir dicha máxima, pagará con la muerte o similar: invasión, embargo, contaminación, contagio, ataque de virus, castración, entre otros mecanismos propios del poderío militar, económico, simbólico y de la alta tecnología.

En este ámbito cultural lo que se muestra es que se puede sobrevivir, pero dentro de esta noción de progreso asociada al acceso a los bienes materiales que el mercado, en sus diversas expresiones, ofrece seductoramente. Así nos encontramos con importantes grupos sociales que han hecho de su vida el consumir y consumirse, como una forma de sentirse integrados a esta idea de sociedad, que se sienten ciudadanos si utilizan la tarjeta de crédito y que se perciben vivos y con identidad si compran o utilizan alguno de los productos que se imponen en la moda<sup>12</sup>. Esta situación tiene efectos de frustración en niños, niñas y jóvenes de sectores empobrecidos y capas medias.

En el ámbito social, una de las situaciones que mayor tensión genera en nuestros países es la tendencia cada vez más fuerte al ensimismamiento en la población, que se grafica en el aislamiento de los otros y otras, la desconfianza en las personas cada vez más globalizada y el apego a la competencia como arma para derribar a cualquier supuesto oponente en la carrera

---

<sup>12</sup> **Moulian Tomás.** *Chile actual. Anatomía de un mito.* Lom Ediciones. Universidad ARCIS. Santiago de Chile, 1997.

hacia el éxito. En ese sentido, desde la pregunta por la organización social, uno de los efectos perversos más delicados de este tiempo es la generación sistemática de desconfianzas entre los miembros de las comunidades locales, en particular por medio de la estigmatización de ciertos sujetos<sup>13</sup>.

Es notoria la permanente campaña que existe para mostrar a las y los jóvenes de sectores empobrecidos como culpables a priori de todos los males que acontecen en la actualidad: delincuencia, drogadicción, Infecciones de Transmisión Sexual (I.T.S.), entre otras. De esta forma se les criminaliza y de paso se eluden las responsabilidades que otros actores principalmente del mundo adulto y sus instituciones sociales han tenido en la existencia y propagación de estas tensiones sociales. Esta criminalización de las y los jóvenes empobrecidos y de capas medias enoja y genera broncas en muchos de ellos y ellas.

Está difícil este tiempo. Son diversas las complicaciones y los dolores sociales. Son amplias las inequidades que se producen cotidianamente. También aumenta la sensación de que no existen alternativas a la configuración dominante del mundo rico.

Sin embargo, podría ser desesperanzador este panorama si sólo consideráramos a las fuerzas del mal. Si creyéramos que sólo existe aquello que nos dejan ver con sus lentes. Si les regaláramos o cediéramos nuestra capacidad de mirar con ojos críticos la realidad que cotidianamente vivimos y dejáramos de soñar que es posible construir relaciones justas, amorosas, solidarias y una sociedad humanamente habitable.

Como no estamos dispuestos a ceder o regalarles nada, más bien lo que hacemos, como ejercicio analítico es denunciar para anunciar, derribar para construir, arrancar para plantar. Así, no es pesimismo el que nos anima, sino que es nuestro *optimismo bien informado* el que nos lleva a analizar de esta forma. De esta forma, lo que sigue ha de comprenderse vinculado a este contexto y como producto de él.

## **Dos. Experiencias de sexualidad en ese contexto**

*Sexo compro,  
sexo vendo,  
sexo arriendo,  
sexo, sexo, sexo...*

### **Los Prisioneros**

Las vivencias de la sexualidad, en este contexto, resultan fuertemente incididas por las carencias materiales en que vive buena parte de la población y también por el discurso

---

<sup>13</sup> **Programa Caleta Sur.** *Trabajo Comunitario y Poder... La Irresistible Juventud: Territorios Populares y Seguridad Ciudadana.* Santiago, 2004.

dominante que tiende a resaltar valores con orientación conservadora. Este discurso insiste en plantearse desde la lógica de una sexualidad centrada mayormente en las prácticas asociadas a la reproducción y a la generación de familias nucleares, a las que se les concibe como la unidad básica de la sociedad.

Desde esa racionalidad, las experiencias de sexualidad son promovidas como una cuestión individual y privada, que no merece –ni necesita– ser compartida con otras y otros, tampoco requiere ser un tema del que se hable en la sociedad. Es decir, se le pretende dar el carácter de tema prohibido y de tema respecto del cual ya existen ciertas verdades que son inmutables e incuestionables. Así el discurso de algunas jerarquías eclesiales y políticas, de algunas corrientes médicas y psicológicas y de otras ciencias, tiende a reforzar un imaginario social en que lo que prima es la noción de “sexualidad igual problema social”, si no se desarrolla dentro de los cánones impuestos.

Junto a esta lógica, y en tensión con ella, se observa un discurso muy fuerte en los medios de comunicación social, que insisten en promover la vivencia de una sexualidad como si ella estuviera asociada a prácticas de consumo. De esta manera, por medio de la pornografía, el culto a una cierta belleza física, la promoción de una erótica genitalizada, la cosificación de la mujer y a ratos del hombre, entre otras formas, se va promoviendo una sensibilidad social que hace de la experiencia de sexualidad una reducción al cuerpo, construido éste como objeto de compra y venta, reducido éste también a sus genitales.

Así, se ofrece en el mercado la posibilidad de adquirir cierto bienestar en la medida en que se ve, se toca, se penetran cuerpos que deambulan por el imaginario social desprovistos de espíritu, rasgados de los afectos, separados del amor. Se trata entonces de ofrecer la felicidad como objeto de consumo, sólo que en el mismo movimiento que se la oferta, aparece el discurso represor, que golpea la mano de quien busca tocar. Aparece el garrote moralizante que desatará su furia contra quien se atreva a participar de este mercado.

¿Cuál es la contradicción? Ninguna, es la tensión propia de una racionalidad neoliberal que se construye sobre el doble estándar: “decimos lo que no hacemos y hacemos lo que no decimos”. Las autoridades de diverso tipo de nuestra sociedad cuestionan, reprimen y muestran voces de alerta ante la existencia de situaciones como la pornografía y el comercio sexual entre otras, pero al mismo tiempo, no despliegan voluntad ni capacidad para enfrentarlas desde la comunidad y evitar así los efectos nocivos que ellas tienen, al igual que las grandes redes de enriquecimiento que unos pocos han generado en torno a estas. Zanahoria y garrote, ese es el eje de la racionalidad dominante en materias de sexualidad. Ella es internalizada por niños, niñas y jóvenes que viven sus experiencias desde el miedo, la culpa o el reventón.

De esta manera, la sexualidad, reducida a objeto-cosa transable en el mercado, va perdiendo capacidad de constituirse en motor de vida, en germen de autoestima, en posibilidad de crecimiento y felicidad para las y los sujetos, en especial para las y los jóvenes, que son altamente bombardeados por los discursos mediáticos que imponen esta racionalidad de sociedad hipergeneralizada. Las mujeres pierden su condición de tal para ser transformadas en

bustos, traseros o vulvas, mientras que los hombres son reducidos a su falo o a sus músculos si ellos son “atléticos”. Estos mensajes nos pretenden hacer creer que vivimos en sociedades que se destapan, que se abren, que se liberan..., a nuestro juicio no son sino otras nuevas formas de encubrir sexualidades reducidas y asociadas al consumo y la deshumanización, a la cosificación y la construcción de un imaginario sexual en que prima el tener-poseer por sobre el ser.

Nuestra sexualidad está siendo reducida a mercancía y a instrumento para la represión, pues a través de ella circulan desde los dominadores, las señales de lo permitido y lo prohibido, lo sucio y lo limpio, lo sano y lo insano, lo puro y lo diabólico. Sexo sin amor, masturbación, homosexualidad, bisexualidad, vestidos provocativos, tocarse-besarse-mirarse en la calle... Todo pecado, todo ilegal, todo enfermo.

Por esto, asumiendo la necesidad de curar a los enfermos y salvar a los pecadores, el Papa Juan Pablo II llamó a los y las jóvenes, en el inicio del verano europeo del año 2003, a vivir la castidad como fundamento de la vida interior, es decir abstenerse de tener sexo para consagrarse mediante el celibato. Toda una alternativa considerando las crecientes denuncias que han surgido en el último tiempo contra personal del clero católico y de otras iglesias involucrados en casos de pedofilia y violaciones a mujeres, incluidas religiosas. Posteriormente, un teólogo del Vaticano ha escrito “el decálogo de la castidad” en que el dominio sobre los deseos y el impulso sexual, aparecen presentados como alternativa para una vida de fe y para acceder al reino.

Por su parte, los legisladores de nuestros países, siguen creyendo que, para evitar “los problemas de la sexualidad”, particularmente en los y las jóvenes, han de dictar leyes que terminan siendo cada vez más moralizantes, punitivas y que desconocen profundamente los cambios en los modos de vivir las sexualidades en las y los jóvenes.

¿Tienen alguna incidencia en estas racionalidades la mirada, el tono de la voz, el tacto, el aroma, el abrazo, los sueños, el deseo, los afectos, la seducción?

### **Tres. Experiencias identitarias en ese contexto. Agudizando la mirada en hombres jóvenes.**

*Mentira lo que dicen,  
mentira lo que da,*

*mentira lo que hace,*

*mentira lo que va.*

**Manu Chao**

Lo señalado hasta ahora, en la línea de un optimismo bien informado, busca articular nociones sobre el contexto caribeño-latinoamericano para rescatar los modos en que las y los

jóvenes de sectores empobrecidos se oponen y resisten a estos embates del discurso dominante. Previamente, consideremos al menos dos aspectos que están a la base de esta situación:

- i. **La matriz adultocéntrica** que orienta estos modos de relacionarse en nuestras sociedades, en que lo adulto es lo valioso, lo que sirve y existe, mientras que lo juvenil –aquello producido y reproducido por las y los jóvenes- no tiene valor, no sirve y es invisible. De esta forma a las y los jóvenes se les ningunea, se les saca de la historia y se les posterga para el futuro -el futuro adulto- momento en que sí podrán opinar, siempre y cuando cumplan con los roles y deberes que se les han asignado<sup>14</sup>.
- ii. **La matriz patriarcal** que sustenta la elaboración de discursos, prácticas e imaginarios discriminadores de lo femenino a favor de lo masculino, produciendo condiciones de desigualdad para las mujeres y para quienes han hecho opciones sexuales no heterosexuales. Así, se pone en condición de valor y poder a las y los hombres heterosexuales por sobre las mujeres y por sobre otros hombres que no cumplen dicha condición<sup>15</sup>.

Estos dos aspectos muestran las luchas de poderes que se dan en nuestras sociedades, tanto en las relaciones generacionales como en las relaciones de género, si a ello le cruzamos las condiciones de clase, de religión, de raza, de opción sexual, de adscripción (contra) cultural, de condición física, entre otras, nos encontramos con un mundo que se construye sobre la discriminación y la dominación de ciertos grupos respecto de otros. En este mundo, que gira y gira cotidianamente -que Mafalda de Quino desea llevar al médico- las y los jóvenes van intentando construir sus vidas.

En este mundo que se deshumaniza, las y los jóvenes ven morir sus primeros sueños de niñez, aquellos creados por la fantasía que se golpea de frente contra la miseria y la exclusión. En este mundo antipático y que se vuelve ajeno, las y los jóvenes van construyendo prácticas cotidianas de oposición y resistencia a los modos de ejercer la dominación, si bien a ratos ellas se mezclan con actitudes en que muestran la internalización de las ofertas dominantes, también encontramos sugerentes y provocadoras apuestas juveniles por construir comunidades democráticas y respetuosas.

Estas tensiones, rechazos y propuestas juveniles no son evidentes, no necesariamente se nos aparecen diáfanos en la mirada. Muchas veces requieren de una segunda mirada, para sacudirnos de los cánones tradicionales, para no leer problema donde existen las potencialidades juveniles, para no leer riesgo social cuando lo que hay es aporte comunitario, para no leer criminalización cuando lo que hay es diversión juvenil, para no leer irresponsabilidad cuando lo que hay es sexualidad vivida alegremente... En la medida que nos sacudimos de los lentes de la dominación patriarcal y adultocéntrica, podemos elaborar

---

<sup>14</sup> **Duarte Klaudio.** *“Juventud Popular. El rollo entre ser lo que queremos o ser lo que nos imponen”*. LOM Ediciones, Santiago. 1994.

<sup>15</sup> **Montecino Sonia.** *“Devenir de una traslación: de la mujer al género o de lo universal a lo particular”*. En Montecino S. y Rebodello L. *Concepto de Género y Desarrollo*. Universidad de Chile, PIEG, Santiago. 1996.

lecturas desde las potencialidades de las jóvenes, los jóvenes y sus agrupaciones, que nos permitan ver vida y condiciones de posibilidad en esas experiencias juveniles<sup>16</sup>.

La construcción de identidades entonces, se va articulando en este contexto lleno de tensiones, de avances de retrocesos, de logros y de pérdidas. Dichas identidades juveniles poseen características de vertiginosidad, impulsadas y contraídas por el propio contexto en que se construyen. Esta vertiginosidad nos pone una señal de alarma respecto de los modos en que tradicionalmente vemos estas identidades y nos exige nuevas miradas: ellas han de ser dinámicas, heterogéneas, simultáneas y profundas. Si vienen acompañadas de crisis, ello no se debe necesariamente a desajustes hormonales de las y los jóvenes, sino a la historia, mayormente adversa, que día a día y noche a noche les corresponde vivir en los sectores empobrecidos.

En ese proceso tan vital, tan difícil y desafiante, un papel importante juegan sus semejantes, esos y esas que les consuelan en el dolor, con las y los que ríen cuando llega el tiempo del disfrute, con los que se protegen cuando les toca bailar con lo feo... Ese grupo que contiene y enseña, ese que muestra y acoge, se va transformando en reemplazo de la familia y en alternativa al colegio –aburrido y sin sentido-. Si la realidad excluyente les envía-expulsa a las calles, pues ahí muchas veces resisten construyendo un espacio alternativo al grupo familiar y a la escuela. En ese espacio-comunidad, también lleno de tensiones y búsquedas, se van produciendo las experiencias juveniles en los sectores empobrecidos.

Particular importancia tiene la socialización de lo sexual en ese espacio juvenil, al que los hombres acceden con privilegios, pues las mujeres aún son confinadas a los quehaceres domésticos y al cuidado de sus hermanas y hermanos más pequeños y si salen a la calle, muchas veces ha de ser con la protección de sus amigos hombres o de sus parejas, si es que las tienen. Ahí, en la calle, los hombres jóvenes aprende “como hacerlo” en la intimidad sexual y se configuran las normas -tradicionales y novedosas- que se transmiten entre generaciones de jóvenes.

Estas identidades individuales y grupales se van tejiendo en procesos complejos, en que los estilos (contra) culturales van aportando rasgos de identidades a las y los jóvenes y les permiten tomar posición y ubicarse en el mundo local y a ratos de mayor alcance. Esa toma de posición viene de la mano de la construcción de autoimágenes y de proyectos personales y colectivos. Esos proyectos constituyen un cable a tierra respecto del presente y les perfilan al futuro. Desafío de mayor potencialidad si consideramos el futuro como aquello que son capaces de construir hoy y no como un mañana inexistente y ambiguo. Así las identidades juveniles se construyen en un permanente diálogo con lo que cada cual va viviendo en este momento de su vida y lo que desea desplegar. Dicho diálogo expresa una tensión, un rollo,

---

<sup>16</sup> **Duarte Klaudio.** *¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles.* En Revista PASOS N° 93, DEI, San José de Costa Rica, Enero – Febrero 2001.

aquello que posiblemente no se resolverá nunca, pero que alienta a caminar en pos de su solución, aquello que se va transformando en utopía...

Las identidades juveniles son parte de una construcción que acompaña toda la vida y que no se resuelve en una meta llamada ingreso al mundo adulto, sino que se viene formando desde el nacimiento y con seguridad seguirán produciéndose con posterioridad a la muerte.

El desafío es rescatar los aspectos luminosos de las identidades construidas por las y los jóvenes, buscando ahí los aportes para la construcción de comunidades en que la dignidad y la autoestima sean valores a producir cotidianamente.

En el caso de los hombres jóvenes, la construcción de sus identidades de género posee un fuerte arraigo inconsciente en el período preescolar, un refuerzo durante el crecimiento y un *estallido* en el tiempo de vida juvenil. Todavía en el tiempo de vida adulta –socialmente así definido- es posible que esas identidades tengan modificaciones y ajustes a propósito de nuevas búsquedas o experiencias fortuitas que cada sujeto vive. Esta descripción hace énfasis en el carácter procesual y sin fin de la construcción de identidad.

Por ello, no se trata de una homologación entre madurez = masculinidad y entre inmadurez = patriarcado como plantean algunos<sup>17</sup>. Cuando se señala esto se supone que los jóvenes le temen a las mujeres y sobre todo a “los hombres de verdad”. Ser joven equivale a no ser masculino, ya que en la psicología del primero se anidarían los temores que más adelante darán cuenta de su inmadurez, de un poder nefasto. Entonces no se necesita *menos* poder masculino, sino que se necesita *más*, sólo que a condición de que se trate de un poder masculino *maduro*. Superar la juventud sería una de las conclusiones que se pueden extraer de este planteamiento, pasar pronto esta “transición”, para alojarse en un estado más pleno del ciclo vital: la adultez masculina.

Una dificultad de esta mirada, es que ubica las relaciones de dominación de género, en un ámbito de opciones psicológicas individuales, ligadas a la necesidad de rituales que permitan conectar adecuadamente las energías masculinas con los potenciales de una masculinidad madura. Esta oferta descontextualiza la producción de las relaciones de género de las condicionantes históricas y culturales, y las deja a merced sólo de las opciones y recursos que individualmente se puedan desplegar.

Volviendo a la idea de la construcción de la identidad, observamos que se da un proceso de rápida adaptación cuando los niños hombres descubren la serie de “privilegios que detenta el rol masculino”. Así las conductas propias de las mujeres son rechazadas de inmediato. Desde esta diferenciación se va construyendo el universo simbólico y material de las relaciones de género, así por ejemplo el tiempo transcurre para la mayoría de las mujeres de una manera diferente que para el grueso de los hombres; la maternidad implica una tensión distinta, una urgencia diferente, que altera no sólo el cuerpo sino que también afecta la condición sociocultural del modo de ser joven. Es común escuchar el reclamo de parte de ellas, de las menores posibilidades

---

<sup>17</sup> Moore R. Gillette D. “La nueva masculinidad. Rey, Guerrero, Mago y Amante”. Editorial Paidós, Buenos Aires. 1990.

que tienen de acceder a los mismos privilegios masculinos, en lo que se refiere a estudios, permisos, trabajo, participación social, etc. Si bien se reconoce el gradual cambio en las relaciones, en los sectores populares es menor dicha apertura para las mujeres y se juega la tensión entre las exigencias de la familia, anclados en visiones más tradicionales, con la cotidianidad que muestra la ruptura de esas expectativas con jóvenes embarazadas, salida del espacio escolar sin terminar los años de enseñanza mínima (en Chile doce años) y temprano acceso al trabajo.

Mirado desde el ciclo vital se pueden reconocer distintos momentos en el proceso de construcción de la identidad masculina. Un primer aspecto definitorio es la relación que el niño establece con su madre, ya que ella estará marcada por la necesaria separación que éste debe vivir respecto de ella. Separación que surge después de un fuerte proceso de identificación y que le indica al niño la necesidad de diferenciarse para establecer su propia identidad, subrayando la diferencia con la madre: distintos cuerpos y roles en el mundo. Esto último le sería señalado por la propia madre que empuja al niño para que asuma su condición de tal, enfatizando su masculinidad en oposición a ella. Las niñas viven también un proceso de individuación y autonomía, pero no rechazan a la madre, mientras que el niño generaría su identidad por oposición y contradicción<sup>18</sup>.

La relación con el padre se establece de manera distinta ya que éste se constituye en modelo ausente, y con una presencia virtual, en que la competencia por el amor de la madre es significativa en la posterior relación con otros hombres. Puede tratarse del padre u otro adulto varón significativo que en ningún caso muestran explícitamente los roles de adulto, dado que están permanentemente fuera de la casa y que su trabajo es siempre una incógnita para sus hijos. Por ello los hombres recibiríamos un adiestramiento hacia el mundo laboral que implica una identificación sólo posicional y no efectiva, mientras que las niñas pueden ver y participar directamente de los roles domésticos asumidos mayormente por sus madres en los estilos de familia tradicional<sup>19</sup>. Vale decir en el niño el objeto de identificación primaria es su madre presente, mientras que su nuevo objeto de identificación –su padre– está ausente o separado.

Para suplir esta ausencia el niño se acerca e identifica con modelos de masculinidad lejanos y que están socialmente contruidos y transmitidos: futbolistas, héroes de dibujos animados, galanes de telenovelas, artistas, etc. Aparecen como imágenes idealizadas e inalcanzables. La identificación con ellos lleva a tratar de ser algo que nunca podrá ser. De esta manera la identidad masculina en formación está relacionada con aquello que no es: no existe un referente claro masculino y también lo femenino o las mujeres constituyen una negación: *lo*

---

<sup>18</sup> **Callirgos Juan Carlos.** *“Sobre Héroes y Batallas. Los caminos de la identidad masculina”*. Escuela para el Desarrollo. Lima, Perú. 1996.

<sup>19</sup> La salida de la mujer al mercado laboral no reduce este ámbito, pues lo que ha implicado es la duplicación triplicación en algunos casos, de su jornada de trabajo y deberes. No necesariamente ha incidido en mejor distribución de tareas y responsabilidades con sus parejas hombres en la crianza.

*que no se debe ser.* Debe considerarse además que estamos en un contexto que desvaloriza e invisibiliza lo femenino y da poder y autoridad a lo masculino.

Posteriormente en el mundo juvenil, la tendencia a la autonomía de la familia por parte del hombre le permitirá dar cuenta de una prueba permanente a la que será sometido: *de-mostrar que es hombre*. Por ello la violencia, la sobreexaltación de los caracteres considerados masculinos, la lejanía de todo aquello considerado como débil o pasivo y la inclusión de la mentira como elemento que permite fantasear e inventar permanentemente el ideal de ser hombre. Un alcance importante es respecto de *la mentira*, ya que ella actúa como mecanismo para la construcción de la masculinidad y al mismo tiempo es manifestación de ella. Las mentiras serían el dispositivo que acompañan toda la vida a los hombres y que les permite dar cuenta de una cierta necesidad compulsiva, permanente y obsesiva de estar afirmando esa virilidad: siempre dispuesto al sexo, agresivo, activo, no me duele, no me interesa, lo importante está afuera. El problema es tanto la creación de las mentiras como que los hombres necesitamos creer en ellas para sentirnos seguros de lo que construimos. La necesidad de la mentira devela *la fragilidad* en la construcción de la masculinidad, por su alto nivel de dependencia de la aprobación y aceptación de otros y otras. *Es la metáfora del afiche precioso que necesita ser exhibido permanentemente. Pero que cuelga de un alfiler...*<sup>20</sup>

En este proceso el grupo de hombres jóvenes en la calle constituye el espacio privilegiado para esta demostración. Será en ese lugar social en que cada joven podrá construirse para otros y ganar aceptación y prestigio. Los cambios corporales llevarán a la necesidad de afirmación y redefinición del proceso identitario vinculado a los cambios corporales y a la ebullición de los impulsos sexuales. Los jóvenes acentúan su machismo, su oposición con el mundo de los adultos y adultas y el peso de los semejantes se acrecienta: fuerza física, exponer conquistas femeninas y mostrar agresividad conforman algunos de los componentes principales. La violencia en el mundo juvenil tiene entre otros factores causales esta necesidad de demostrar fuerza y control por parte de los hombres, que bajo la lógica de “no dejarse pasar a llevar” y de manejar la situación, recurren a la violencia como forma de resolución de conflictos.

*El grupo de la calle* se constituye en el espacio para la socialización de la masculinidad y de sus expresiones machistas más radicales: irresponsabilidad, indomesticación, conquista, descuido y desprecio por los quehaceres domésticos. En este grupo se establecen los ritos de pasaje de la masculinidad entre los que se cuentan las peleas, las masturbaciones colectivas y hasta hace un tiempo, la primera ida al prostíbulo, que hoy ha tomado otras variantes incorporando directamente relaciones con muchachas de cierta cercanía como competencia ante sus amigos<sup>21</sup>.

---

<sup>20</sup> **Salas José.** “La mentira en la construcción de la masculinidad”. En Revista Costarricense de Psicología, N° 24. San José, Costa Rica. 1996.

<sup>21</sup> **Rebolledo Loreto.** “Género y espacios de sociabilidad. El barrio, la calle, la casa...”. Universidad de Chile, PIEG, Santiago. 1998.

De esta forma la masculinidad es una permanente prueba, de autoafirmación y de demostración a los ojos de los demás de la virilidad heredada por los caracteres sexuales y la hombría construida con dolor y esfuerzo. Las identidades masculinas son el premio al fin del combate, el triunfo sobre las pruebas, la superación del límite difícil de identificación de los cambios corporales<sup>22</sup>.

**Cuatro. Experiencias de sexualidades masculinas juveniles en este contexto: cuerpos enajenados, poder omnipresente y placer castrado.**

*Me gusta todo de ti,*

*pero tú no,*

*tú no*

*tú no*

**Joan Manuel Serrat**

En el contexto antes descrito y como un proceso dinámico, los hombres jóvenes van construyendo sus identidades masculinas. En ese camino, sus experiencias de sexualidad se constituyen en un pilar de las identidades en construcción. El estallido de lo sexual en la pubertad y en su período posterior, la pregunta por la orientación sexual que acompaña las decisiones de afectos y vínculos íntimos, los tipos de relaciones de pareja que se establecen, van configurando un cuadro relacional de sexualidades vividas como permanentes tensiones en los sectores empobrecidos.

Dichas tensiones se manifiestan entre las ganas de conectarse a lo placentero que esas experiencias les pueden significar, con las condiciones de carencia que viven y también con los discursos moralizantes que los grupos conservadores hegemónicos instalan con fuerza; todo ello les lleva a conectarse más bien con el temor, la angustia y la culpa. Sobre los discursos dominantes ya señalamos algunas ideas en la contextualización de esta presentación; ahora bien, respecto de las condiciones de carencia, ellas se advierten en la dificultad e imposibilidad de acceder a información de calidad en torno al inmenso caudal de novedades que se abren en sus vidas –lo que les lleva a informarse de manera inadecuada, privilegiando la construcción de mitos y mentiras en torno a las prácticas sexuales- y a la falta de medios –especialmente de espacio físico- en los cuales desplegar intimidad consigo mismo y con sus eventuales parejas.

---

<sup>22</sup> **Duarte Claudio.** “*MASCULINIDADES JUVENILES EN SECTORES EMPOBRECIDOS. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo*”. Tesis para optar al Título de Sociólogo. Universidad de Chile. Santiago. 1999.

A estas tensiones hemos de agregar la posibilidad de una opción sexual homosexual, la que todavía cuenta con el repudio de buena parte del mundo adulto y de sus instituciones, lo que les lleva a vivirla como una opción que ha de esconderse y manifestarse sólo en ciertos círculos subterráneos y clandestinos. En tanto, las actitudes de los hombres heterosexuales, si bien con mayor apertura que hace décadas, aún sigue siendo conflictiva, ya que estos hombres homosexuales les recuerdan permanentemente aquello que no deben-quieren ser. Por ello, la apertura que mencionamos es aún discursiva y no se plasma necesariamente en actitudes de respeto y establecimiento de relaciones de compañerismo. Ser hombre joven homosexual en sectores empobrecidos implica en nuestros días una tendencia mayoritaria a la exclusión de ciertos circuitos culturales juveniles y a la reclusión –como encarcelación- de las posibilidades de despliegue de sus opciones sexuales con apertura e intensidad.

En este proceso de experiencias de sexualidad masculina juvenil y de construcción de identidades masculinas, un eje vital lo juega el cuerpo. En la triada relacional con otros hombres, con las mujeres y consigo mismo, cada hombre joven va produciendo representaciones sociales sobre los cuerpos que aparecen mayormente como cuerpos en disputa. Estas representaciones se nutren, y alimentan al mismo tiempo, de imaginarios simbólicos y prácticas cotidianas que van construyendo un estilo relacional que exige atención ante los modos en que se materializan estas experiencias de sexualidades que hemos venido analizando. Por ello, nos interesa interrogarnos por ¿cuáles son los modos de relación que los hombres jóvenes de sectores empobrecidos asumen con sus cuerpos para vincularse con otras y otros en sus espacios cotidianos?.

Una de las manifestaciones más claras de la influencia patriarcal en la conformación de las identidades masculinas está en los tipos de relaciones que se enseñan a cada hombre con su cuerpo y con los cuerpos de los otros y otras. Desde las imágenes que han convertido los cuerpos masculinos y femeninos en objetos de consumos, hasta las concepciones religiosas que construyen cuerpos como objeto de culto y veneración, por lo tanto reproducción del templo de Dios. También se observa la ausencia del cuerpo y de lo corporal como parte de las demandas, reivindicaciones y propuestas de muchos movimientos sociales que no han dejado entrar en sus apuestas políticas la intimidad física y el contacto de la piel.

Cuerpo y masculinidades posee una alta potencialidad en la construcción identitaria de los hombres jóvenes, ya que a través de sus imágenes de cuerpos y de los vínculos que establecen con los cuerpos circundantes es que van definiendo buena parte de sus modos de relaciones de género. Al mismo tiempo y desde la potencialidad enunciada, un eje relevante para la construcción de alternativas políticas de resistencia en perspectiva de liberación pasa por la construcción de nuevos modos de relación con esos cuerpos y nuevas valorizaciones de las posibilidades que desde ahí se abren.

Al menos tres relaciones abordaremos en esta reflexión. Son intuiciones investigativas y que se nutren desde las conversaciones con hombres jóvenes, de sectores empobrecidos. Buscamos abrir y problematizar una temática invisible en nuestra sociedad occidental, pero invisible por *mal hablada*.

#### **i. Cuerpos enajenados.**

Una de las ideas fuerza con que se van configurando las identidades masculinas juveniles se vincula con el establecimiento de un tipo de relación de cada muchacho con su propio cuerpo, esta relación está mediada por un imaginario que releva la noción de cuerpo como *instrumento para hacer*. Ese instrumento es el que le permitirá relacionarse con otras y otros, establecer las distancias necesarias –por cercanía o lejanía- para configurar sus afectos, temores, deseos y rabias. Es decir, su cuerpo aparece en un primer momento, como un instrumento para la expresión de sus sentimientos y sensaciones, pero, la socialización patriarcal le ha llevado a dejar fuera de esas sensaciones y sentimientos a expresar, especialmente aquellas que culturalmente están asociadas a lo femenino, como la ternura, la pena, el dolor, la incertidumbre, la inseguridad y negarse, por lo tanto, a vivirlas como una posibilidad también masculina.

En ese sentido, el instrumento cuerpo va recibiendo una serie de estímulos que inhiben estas expresiones para no parecer como pasivo y por lo tanto feminizado, y se tiende a sobreactuar aquellas que le permitan de-mostrarse como activo, fuerte, recio entre otras. El instrumento cuerpo entonces es resultado de la producción simbólica patriarcal, pero al mismo tiempo la expresa y reproduce, en una condensación de negación del sujeto joven varón.

Esta instrumentación del cuerpo masculino se acentúa por la falta de conciencia de éstos respecto de que poseen un cuerpo, ya que la relación que se les enseña-impone, tiende más bien a posicionarles a ellos como externos a sus cuerpos, o si se quiere a esos cuerpos como algo exterior, no íntimo, no propio, incluso no vinculado con su ser.

Este proceso no sólo transcurre en la intimidad de la vida personal o de pareja, sino que se expresa en los diversos modos de relación que se establecen cotidianamente en espacios de casa, calle, escuela, trabajo, organización, iglesia, partido, etc.

Hombres sin cuerpo, pero al mismo tiempo con sus cuerpos como instrumento principal. Por una parte, hombres enajenados de sus cuerpos por cosificación del mismo para establecer relaciones. Es decir, su cuerpo reitera la instrumentalización en tanto es usado como un objeto que permite aparecer y ser en público ante las y los demás. Su cuerpo le expresa, por ello la imagen tiende a responder a lo que desde las agencias de socialización se le impone, es decir, hombres centrados en la fuerza y la conquista. Su cuerpo es su carta de presentación que se debate –usando imágenes polares- entre *la magnificencia* de un luchador y *lo impecable* de un ejecutivo bancario. Ambos remiten, al joven de sectores empobrecidos a un imaginario de cuerpo que difícilmente se logra, pero que en la cotidianidad se esfuerza por cumplir<sup>23</sup>.

Por otra parte, esta instrumentalización se verifica como hombres enajenados de sus cuerpos por ausencia de vínculo íntimo, es decir desconocimiento de lo propio. Por ejemplo, las experiencias de masturbación refuerzan esta situación, ya que ellas están

---

<sup>23</sup> Es necesario considerar que existen otras imágenes, pero a modo de ilustración usamos esa polaridad.

suelen estar centradas en caricias sólo a su pene, por lo que otros posibles rincones de placer, en su propio cuerpo, no son ni abordados ni reapropiados.

Este desconocimiento, no saber cómo es, como funciona, que tiene su cuerpo, se centra muchas veces en el miedo al cuerpo masculino, aprendido en el límite de la construcción de su masculinidad heterosexual esperada socialmente. Es tan fuerte la presencia del fantasma que acosa dicha construcción, que se opta por evitar cualquier contacto con otros hombres y también consigo mismo.

Esta relación con su cuerpo se refuerza con el proceso de enajenación del cuerpo de otros y otras. Ya hemos señalado y podemos profundizar un poco más en que se tiende a evitar el contacto con otros hombres, pero el contacto que se elude es de la intimidad, el de la caricia, el que nos puede feminizar y volver homosexuales. Por ello, en este ámbito de la enajenación, el golpe, el palmetazo, la patada se vuelven necesarias para mantener la distancia, evitar la cercanía y al mismo tiempo (de) mostrar la fuerza y la actividad. Por ningún motivo puede abrirse una experiencia erótica entre hombres.

Tal como señalamos, buena parte de la violencia juvenil, mayormente masculina, puede explicarse sobre todo por una necesidad de establecer diferencias con otro al que debo aniquilar para reafirmar mi propia identidad. Al mismo tiempo de matar al diferente, con la violencia sobre otros construyo una imagen de conquista que feminiza –vuelve pasivo y derrotado- al contrincante construido, es decir me construyo como héroe, gano la batalla, gano en hombría, refuerzo mi virilidad. Cuerpos enajenados que no se encuentran y si lo hacen están montados en sus cabalgaduras, vestidos con armaduras y simulan *tocarse* a través de las puntas de sus lanzas.

En la relación con las mujeres y sus cuerpos esta enajenación genera estilos de vínculos marcados por una erótica, que en su verificación, va deshaciéndose-negando las manifestaciones de ternura y entrega. Se reduce el cuerpo femenino a aquello que culturalmente se ha construido como objeto de pecado social y al mismo tiempo placer masculino. Las mujeres van siendo reducidas por los imaginarios a su vulva, su trasero y sus senos. Son estos íconos femeninos los que adquieren importancia casi exclusiva para la mirada masculina que no logra ser horizontal sino que está condicionada a ser diagonal y hacia abajo, a la altura de las caderas.

Dentro de este ámbito se desarrolla una relación de externalidad con el cuerpo de la mujer, ya que se desea poseerlo y no conocerlo. Dicha posesión está marcada por la cosificación y la utilización que despersonaliza al cuerpo e invisibiliza a la mujer volviéndola un objeto de placer, negando afectos, sentimientos y las historias que se portan. De esta manera se va confundiendo la amistad posible con llegar a la cama a tocar y penetrar. Se imposibilitan conexiones con otros ámbitos de sus vidas –la propia y la del otro u otra- y se va reduciendo la relación a cuerpos que se vinculan sin afectos como intercambio y trueque de mercancías de piel sin sensibilidades.

El espacio más ambiguo en la sexualidad masculina juvenil es el de la protección ante el embarazo y el SIDA. Ellos realizan una división sexual de las responsabilidades ya que plantean que a la mujer le corresponde hacerse cargo de los anticonceptivos orales (pastillas) “porque ella se las toma”, mientras que a los hombres les corresponden los preservativos “porque él se los pone”.

Estos cuerpos enajenados son una forma, sexual, o si se quiere sexoide, de negar el sujeto, de impedir su emergencia y despliegue.

## **ii. Cuerpo sin placer**

En esta relación, y siguiendo lo anterior, encontramos experiencias juveniles de ausencia de placer. Un primer elemento a debatir es la permanente y generalizada confusión entre eyaculación y orgasmos en el mundo masculino y particularmente en el mundo juvenil de sectores empobrecidos. Es tal el desconocimiento de las propias potencialidades y capacidades masculinas de experimentar placer que la asociación más directa a esto refiere a lo que se denomina orgasmo y ello aparece como sinónimo de eyaculación.

Vamos por parte. La eyaculación es producto de una reacción que, fruto de una excitación que va en aumento, genera en un momento máximo la salida de espermatozoides, en algunos casos acompañadas de contracciones pélvicas. Eso, que es una condición biológico-física del varón, no necesariamente implica la experimentación de orgasmo. Aquí nace una confusión que no se resuelve sólo señalándola por escrito, sino que se aborda interrogándose, por ejemplo: ¿cómo son los orgasmos masculinos?, ¿Podremos experimentar orgasmos sin eyaculación?, ¿Qué es lo que produce orgasmos en los hombres?.

Si la eyaculación no es sinónimo de orgasmos, entonces podemos preguntarnos qué son los orgasmos. En ese momento de la reflexión podemos establecer el vínculo con el placer, ya que los orgasmos nos aparecen como una forma física de placer, en que el cuerpo masculino se entrega a la posibilidad de contacto e intimidad con otro u otra con quien busca experimentar la dicha.

Placer como encuentro, pieles desbordando, sensaciones emergiendo desde adentro hacia fuera y recogiendo lo que tú mismo, el otro u otra van pegando a tu propia piel, a tus propias entrañas. Placer como entrega y desvanecimiento de las ataduras y armaduras, placer como apertura al vacío que se produce de buscar no se qué incertezas. Placer como pérdida de control, como soltar el timón y dejarse llevar. En este ámbito percibimos confusiones que requieren ser abordadas.

Este placer no se obtiene sólo en lo que se denomina en nuestra mal hablada el acto sexual. Placer que no puede ser reducido a los coitos —es decir, relaciones sexuales con algún tipo de penetración— sino que ha de ampliarse a la experimentación y conocimiento de los diversos rincones de placer que cada hombre posee en su cuerpo.

Esos rincones permanecen, en la mayor parte de los hombres jóvenes de sectores empobrecidos como ignorados. La socialización patriarcal de género ha centrado la sexualidad masculina en su pene, generando un imaginario falocéntrico que le hace ver en su miembro –particularmente cuando está erecto- la espada de He Man que salvará al mundo. Por eso los miedos al tamaño pequeño, porque pone en cuestión una condición vital de la masculinidad en construcción, su potencial sexual, que es medida en racionalidad patriarcal por el rendimiento de su falo en coitos sucesivos y públicamente en cantidad de hijos e hijas que se reconocen tener.

Esa centralidad en el pene, lleva a ignorar otras zonas del cuerpo, las que no son indagadas. El cuerpo masculino se va convirtiendo en un conjunto de rincones invisibles, a los que se les desconoce y sobre todo no se les reconoce la capacidad de generar placer. Así, los dedos de los pies, la espalda, axilas, glúteos, rodillas, nuca, manos, perineo, lengua, cabeza, entre otras, no son conocidos ni imaginados como lugares de placer y si se les considera, es mayormente como el precalentamiento rápido y breve para tener el placer que sí estará en el coito, es decir en la penetración (en Chile se habla de Sexo Express, como alternativa ante la vida agitada de la ciudad).

Lo anterior nos lleva a la pregunta que ya mencionamos respecto de si podrá un hombre tener placer y orgasmos sin penetración. ¿Será que ella es inevitable y condición para el placer?. A la confusión que ya señalamos podemos agregarle esta ignorancia respecto de los cuerpos masculinos.

Otra forma de negación de este placer está en el temor, que ya hemos señalado, manifiesto y latente a la homosexualidad masculina. En este caso, un hombre que se define como heterosexual, tiende a ver la penetración anal, de parte de la mujer hacia el hombre como una práctica no posible en la pareja. Es decir, por más que sea la pareja mujer con la que está en vínculo, la penetración anal es representada como práctica de feminización, pasividad y ser poseído o poseída para quien es penetrado. Ni siquiera es aceptada como juego sexual y cuando es referida a manera de pregunta, como posibilidad, genera risas, chistes y finalmente miradas sospechosas respecto de la posible orientación homosexual de quien la instala en la conversación.

Al mismo tiempo, la experiencia del coito se representa para ellos como la búsqueda de posesión sobre otra u otro, como castigo más que como placer y entrega. Es el símbolo de la penetración construido socialmente a través de siglos de dominación patriarcal, como un acto de conquista y sometimiento de quien penetra hacia quien es penetrada o penetrado. Por ello en nuestro lenguaje cotidiano, existen en cada país y región formas lingüísticas que refieren con groserías a la penetración como un acto de subordinación, de imposición de fuerza, incluso de castigo. Es un acto de poder, de control en definitiva de dominación.

De esta forma, el cuerpo masculino se va mutilando, va perdiendo rincones para quedar castrado y solo remitido a un artefacto-cosa que se empleará para cumplir la tarea socialmente demandada y hacerlo con la capacidad esperada. Desde aquí se asume que el

hombre debe dar placer a la mujer, y el suyo, sólo depende de sí mismo y si ella aporta, que no sea sobrepasando los límites de lo activo-pasivo ya señalado. Es un hombre hecho de partes, inconexas entre sí.

Cuerpos castrados. Cuerpos que no se entregan por temor, cuerpos que se protegen ante fantasmas que van generando cada vez más soledad e inseguridad. Se copula muchas veces, con diferentes mujeres u hombres, más no necesariamente se consigue felicidad y placer. Más bien el sentimiento reconocido en ellos es el de la soledad, una cierta desprotección afectiva, algo queda faltando en su interno. Por ello muchas veces contar – hechar cuentos- de sus conquistas les permite racionalizarlas y no conectarse con lo que a ellos les pasó en esa experiencia sino que se centran en lo que hicieron, como lo hicieron, cuántas veces lo hicieron y no en lo que sintieron, percibieron. Es la negación del vacío que acompaña a sus experiencias de intimidad.

Sujeto que niega su posibilidad de placer, sujeto que se repliega e inhibe en sus posibilidades de despliegue. Sujeto que no conecta sus afectos al placer, sujeto que no deja a su cuerpo ser generador de placeres propios y placeres compartidos<sup>24</sup>.

### **iii. Cuerpo poderoso**

Este miedo a experimentar nuevas sensaciones y a ser poseído lleva a muchos hombres jóvenes a no darse la posibilidad de un encuentro en que puedan ser llevados y conducidos por su pareja a experiencias de placer. *Dejarse hacer* es significado como un modo pasivo de relación que quita control, ya que otro formato de estas representaciones se relaciona con la tensión de modelos que están a la base de los conflictos de poder que enfrentan en estos momentos de sus vidas.

En esa tensión de modelos, la imagen del hombre que conquista no sólo se plantea para seducir y “llevar a la cama”, sino también respecto de como “hacerlo en la cama”. No sólo se conquistan territorios –la calle-, mujeres –la pareja-, sino que también los espacios de relación cotidiana. Se imponen las ideas, se lleva la iniciativa, se generan vínculos de dependencia económica. En la intimidad del vínculo de cuerpos que se buscan con deseo, la disposición a controlar y hacer, a llevar la batuta y ordenar es una condición de posibilidad para los hombres jóvenes, pues ello les permite “hacerle el amor” a su pareja.

Esta experiencia de poder, se alimenta de aquella que se manifiesta en los diversos ámbitos de la cotidianidad de cada sujeto joven, la intimidad no es otra cosa que el resultado de dicha cotidianidad. Por ello se puede violar a la pareja –“tirársela aunque de mañana”- es decir, penetrarla aunque no quiera, usar la fuerza, imponerse. Por eso se puede

---

<sup>24</sup> No lo desplegamos ahora por espacio, pero hemos constatado la queja de muchos hombres jóvenes en diversos Talleres, respecto de que esta imagen de hombre falocratizado es también la que tiene muchas mujeres que no buscan más allá que el coito y que su pene. El temor a ser considerada prostituta que plantean las compañeras mujeres se vuelve complementario a esta queja masculina.

tocar y abrazar a todas las mujeres posibles, pero se le impide a la pareja mujer que sea tocada-abrazada por otro varón. Estas expresiones masculinas, nos hablan de hombres *bien hombres*, es decir aquellos que cumplen a cabalidad con lo esperado: ser reproductores.

Al mismo tiempo han de ser *buenos como hombres* es decir, cumplir sus roles de protectores y proveedores. Esta última cuestión es cada vez más incierta y difícil para los jóvenes de sectores empobrecidos, ya que la organización de la economía de mercado, con ideología neoliberal tiende a expulsarles de las posibilidades de conseguir el sustento para su grupo familiar. Por ello necesita sobre actuarse en otros planos, en el de la reproducción, aparece como muy seguro y potente, ya que en lo económico está puesto en cuestión. Bien hombres y buenos como hombres, dos posibilidades para consolidar su poder.

Poder remite en la experiencia de cuerpos masculinos al afianzamiento de los privilegios, status y ventajas que el contexto patriarcal impone. Se trata de cuerpos en disputa que producen poderes en disputa. Las capacidades de resistir de muchas mujeres jóvenes a estas situaciones han generado interesantes cuestionamientos a estas prácticas que ponen interrogantes a estos estilos de relaciones. Una cuestión interesante es este poder omnipresente masculino, que va quedando en evidencia cuando es delatado-develado en sus formas latentes. Por ejemplo, por medio de actitudes que han sido naturalizadas y asumidas como parte integrante de la convivencia humana y en particular entre géneros: hombre que necesita –mujer que satisface; hombre activo – mujer pasiva; hombre público sin propietaria – mujer propiedad privada de su pareja. La omnipresencia no hace sólo referencia a un poder totalizador, sino también a una suerte de naturalización de lo que es mostrado como algo que siempre ha sido así; fatalismo estructural, por lo tanto imposible de cambiar.

Al mismo tiempo el poder se manifiesta respecto de sí mismo, con la imagen de poseer un cuerpo rudo, que tiene aguante. Por ello es posible el reventón, el desmadre en las cantidades de consumo (volumen e inmensidad). Quien más aguante (de) muestre, mayor reconocimiento y admiración ganará en su grupo o espacio social. El cuerpo al servicio de ese objetivo, ganar prestigio en el medio<sup>25</sup>.

Los cuerpos masculinos, experimentados como hemos relatado, permiten la construcción de relaciones de poder que generan violencia, posesión y muerte en vida para las mujeres o para muchos hombres con opción homosexual. Para los propios varones, sus cuerpos les significan enajenación de sí mismos y de otras y otros; mutilación y castración de placeres sexuales; relaciones de poder autoritarias.

De esta forma, la construcción de identidades masculinas termina siendo un simulacro para los jóvenes, una (sobre) actuación en que prima una falsa identidad fundada no en lo que *se es*, sino en lo que socialmente *se espera que sea*. Sujeto que no es, sujeto que

---

<sup>25</sup> **Abarca Humberto.** *Crónicas del aguante.* En hombres: identidades y violencia. José Olavaria, Editor. FLACO, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Red de Masculinidad/es Chile. Santiago, 2001.

simula ser lo que le han impuesto. Sujeto que se construye sin pérdida de los privilegios que nuestra sociedad patriarcal les ha dado.

**Cinco. Desafíos para las prácticas organizativas y educativas: humanidad, placer y liberación.**

*Tengo un corazón,  
mutilado de esperanza y de razón.*

*Tengo un corazón,  
que madruga donde quieras.*

**Juan Luis Guerra**

Hemos relevado en esta presentación el carácter procesual y dinámico, por lo mismo cambiante y heterogéneo, que tiene la producción de identidades masculinas juveniles. Es importante en ese contexto, considerar las posibilidades que se abren para fortalecer las incipientes y a ratos contradictorias opciones que los hombres jóvenes plantean. Esto porque a pesar de la criticidad con que hemos abordado la relación de cuerpo, poder y placer en ellos, también podemos afirmar la existencia de algunos balbuceos o experiencias iniciales respecto de experiencias diferentes y alternativas a las que analizamos.

De ninguna manera, esas prácticas o discursos tartamudeados por algunos hombres constituyen modelos explícitos o masivos, sino más bien son la respuesta muchas veces atolondrada y tímida ante las exigencias y desafíos que los procesos vividos por las mujeres van planteando. Por ejemplo, que la conquista ya no sólo es masculina, que la iniciativa en la intimidad sexual se puede compartir, que ellas pueden dirigir y conducir procesos políticos, que las compañeras pueden llevar el peso de la economía doméstica, que tienen derecho al placer, que ella son inteligentes y capacidades de elaboración teórica, entre otras manifestaciones de nuevos modos de expresión femenina en nuestras sociedades.

Estos balbuceos son una buena noticia, constituyen una apertura de posibilidades para que la resistencia de algunas se convierta ahora en resistencia de ellas y ellos, para comenzar a elaborar alternativas a la masculinidad tradicional, tanto en los espacios propios de la cotidianidad como en las distintas expresiones de la organización social. En ese sentido se propone pasar de la disputa patriarcal y adultocéntrica que recae sobre los cuerpos masculinos en la construcción de sus identidades a una disputa ahora por nuevos modos de apropiación de sus cuerpos como posibilidad de humanización, ejercicio de otros poderes y de liberación. La experimentación de placeres sexuales en hombres jóvenes, puede ser una señal a considerar en el camino de reconstitución de estos sujetos que se empoderan en sus vidas.

Dado que el modelo que existe y se impone es el tradicional y hegemónico de masculinidad, asentado en las nociones patriarcales de relaciones sociales, la pregunta que surge en ellos es

¿cuál modelo seguir?; aunque podríamos contra preguntarles ¿por qué habría que seguir un modelo y no recrear permanentemente los modos de ser y de hacer?. Junto a lo anterior, los hombres jóvenes se plantean la interrogante: ¿estoy dispuesto a perder los privilegios de la masculinidad tradicional?. Esa es la tensión, *entre ser lo que ofrece el modelo adultocéntrico y patriarcal o construir estilos propios, nuevas formas de relación consigo mismo, con las mujeres y con otros hombres, asumiendo las posibles pérdidas de privilegios en ese intento.*

Es decir, la interrogante es una pregunta por el poder, por la capacidad de construirlo en los distintos ámbitos de vida, la capacidad de tener decencia y crecer en autonomía como sujeto. ¿Están las y los jóvenes dispuestos a construir ese poder colaborativamente?. Esta situación ha de ser analizada por la fuerte tensión que se genera al indagar por la coherencia entre los discursos que plantean estos jóvenes y las experiencias cotidianas que viven. Algunas investigaciones muestran como hoy se avanza más rápido en la capacidad de repetir discursos que se presentan como alternativos a las masculinidades hegemónicas tradicionales y muy lento aún en la transformación profunda y sostenida de las relaciones de los hombres jóvenes, con las mujeres, con otros hombres y consigo mismo.

De esta forma, proponemos gatillar procesos de concientización en el mundo juvenil masculino –y femenino- respecto de estas nuevas posibilidades. Para ello es necesario considerar algunos de los desafíos que se plantean en específico para los hombres jóvenes. En términos globales podemos decir que soñamos con conseguir:

- ✓ identificar y asumir la desprotección afectiva para enfrentar la sobreactuación y caricaturización del ser *bien hombre* o *bueno como hombre*,
- ✓ desafiarse a construir identidad para ser *un buen hombre*,

Volviendo sobre las relaciones que se establecen con los cuerpos masculinos, de parte de los propios varones jóvenes, planteamos la generación de alternativas desde tres relaciones de nuevo tipo: ante cuerpos enajenados construir *cuerpos reapropiados*; ante cuerpos con poder omnipresente construir *cuerpos que se colaboradores*; ante cuerpos con castración del placer construir *cuerpos gozadores y placenteros*. Para cada una de estas relaciones, balbuceos de alternativas, señalamos algunas pistas que reiteran y muestran sueños que surgen desde los discursos juveniles masculinos:

### **Cuerpos reapropiados**

- ✓ promover y fortalecer conductas que animen la expresión afectiva corporal,
- ✓ conocimiento de las propias cosmovisiones masculinas,
- ✓ activarse ante sus derechos sexuales y derechos reproductivos como varón,
- ✓ hacerse responsable de la decisión por continuar o no teniendo hijos-hijas e intervenir su propio cuerpo no siempre el de su compañera,

### **Cuerpos compartidos**

- ✓ resolución de conflictos por métodos no violentos y de colaboración,
- ✓ conocimiento y respeto de las cosmovisiones femeninas,

- ✓ quitar la presión social por (de) mostrar que se es hombre,
- ✓ participación activa en los quehaceres domésticos y la crianza de hijos e hijas,
- ✓ articulación de relaciones de pareja horizontales y democráticas,
- ✓ compartir y aceptar el aporte femenino a la provisión del grupo familiar,
- ✓ aceptación de la participación protagónica de la mujer en espacios y organizaciones sociales, políticas y pastorales.

### **Cuerpos placenteros**

- ✓ reconocimiento del cuerpo masculino y sus posibilidades de placer y expresión,
- ✓ disposición a entregarnos en el amor, la afectividad y la intimidad sexual.
- ✓ Conocer los rincones de placer de sus cuerpos.

La posibilidad de compartir decisiones también es planteada por los hombres jóvenes como un ideal a vivir, lo que abre un camino, ya sea en el día a día, como en la noche a noche de la vida juvenil. Lo mismo en lo que refiere a la violencia en la pareja, que constituye un supuesto de muchas investigaciones de masculinidad. Ella no aparece aceptada entre los hombres jóvenes<sup>26</sup>, pero sí se muestra en otros ámbitos de las relaciones diarias. Sin embargo, su planteamiento es que no están de acuerdo y no la comparten, por lo que se abre la posibilidad de generar procesos de resocialización y de apertura a la ternura, al dialogo y al respeto de lo diverso distinto de mí, aunque no por eso desigual. A diferencia de las generaciones anteriores existe hoy una disposición que debe convertirse en acciones concretas de parte de los hombres jóvenes de sectores empobrecidos.

Un elemento central, que orienta dichas posibilidades y desafíos es la certeza de que tal como la masculinidad tradicional surge y se va consolidando en la historia, como un estilo de relaciones que niega la dignidad de hombres y mujeres, es posible entonces desde la generación de una corriente contracultural, contraproponer actitudes, valores y estilos de relación que vayan en la perspectiva de una masculinidad alternativa. Las posibilidades de construir nuevas formas de relaciones de género en que hombres y mujeres se constituyan como sujetos en proceso de permanente liberación, es una condición de posibilidad para ese carácter alternativo que se pretende encontrar.

Lo anterior adquiere consistencia política si agudizamos la mirada en las relaciones sociales que se generan y reproducen cotidianamente. En ese marco la pregunta por el poder que se está construyendo en las relaciones de género ha de ser el prisma para intervenir políticamente. Esto porque se ha llegado a una cierta folclorización y vaciamiento de contenido de algunas demandas hacia los hombres y respecto de las relaciones de género. En Chile por ejemplo, se habla de los “hombres metro-sexuales” para presentar una alternativa masculina al patriarcado tradicional. Sin embargo, dicha experiencia se reduce a hombres que se preocupan de su presentación física (peluquería, manicure, combinaciones de ropa) y que

---

<sup>26</sup> Esto necesita ser confrontado con las víctimas materiales de la violencia, las mujeres jóvenes, niñas y niños.

*ayudan* a las mujeres en los quehaceres domésticos. Lo primero refiere a una provocación consumista, que para los hombres jóvenes de sectores empobrecidos es una burla y una imposibilidad, y lo segundo, no cuestionan las relaciones de poder autoritario que caracterizan al patriarcado, más aún aparece como una forma nueva –en contexto neoliberal– de encubrir formas antiguas de dominación.

Las identidades de género y de generación, ser hombre joven, junto a los aportes de la clase: ser hombre joven de sector empobrecido, señalan un conjunto de atributos que van mostrándose con claridad día a día y que exigen de la investigación social y la acción comunitaria una atención particular. La mirada hacia o desde este sector debe buscar ser caleidoscópica, única posibilidad para dar cuenta de su riqueza y pluralidad.

## **Varones jóvenes de sectores empobrecidos y privilegios: ¿por qué cambiar?<sup>27</sup>.**

### **Resumen**

En este artículo debato las tensiones que hoy están viviendo los varones jóvenes de sectores empobrecidos en Chile, en contextos de cambio y cuestionamientos a los mandatos tradicionales que los modos de relaciones e imaginarios patriarcales han impuesto. Las búsquedas de alternativas a dichas tensiones han tendido a naturalizar los procesos de cambio, con discursos moralizantes dirigidos a estos jóvenes, con baja densidad en sus horizontes de cambio, con poca claridad en la condición de alternativa que poseerían, todo lo cual produce dudas respecto de su potencial político de transformación.

Desde investigaciones realizadas con poblaciones jóvenes y desde experiencias formativas con estos sujetos, en el capítulo se proponen interrogantes y pistas pedagógicas para contribuir en procesos formativos de sensibilización y concientización de varones en pos de relaciones equitativas de género. Se busca dar cuenta de las debilidades señaladas y mostrar los caminos que los propios jóvenes han construido en este ámbito.

### **Hombres víctimas como estrategia para equilibrar privilegios**

En Chile, desde ciertos discursos masculinos ha comenzado a emerger un tópico que refiere a la condición de víctimas que los hombres sufrirían, a partir de las exigencias que el modelo de dominación de masculina impone para *ser como dicen que se debe ser*. La condición patriarcal de nuestras sociedades actuaría tanto en varones como en mujeres, produciendo modos de dominación diferenciados, pero que incidirían en ambos, de manera tal que los varones también tendrían costos que pagar. El principal costo se refiere a que, en tanto la masculinidad es una construcción pauteada socialmente desde la exigencia y la competencia por demostrar hombría (Fuller, 2002), ello implicaría que los varones han de negar ciertos ámbitos de sus relaciones, deseos y planteamientos para conseguir la estatura de varón que los mandatos tradicionales establecen.

Mirado desde un campo de sus vidas, el de las sexualidades, hemos propuesto en otros textos que la exigencia patriarcal termina transformándose para las y los jóvenes de sectores empobrecidos en la construcción de corporalidades caracterizadas por cuerpos enajenados, cuerpos castrados sin placer y cuerpos poderosos que permiten ejercer dominio. Lo anterior centrado en la negación de un conjunto de posibilidades eróticas y de ternura (Duarte, 2006a). Conseguir *ser bien hombre o ser bueno como hombre* (Duarte, 1999), exige renunciadas o imposibilidades, dadas las exigencias de fortaleza, inteligencia, control, dominio, entre otros

---

<sup>27</sup> Publicado en: Masculinidades y Políticas Públicas: Involucrando Hombres en La Equidad de Género. Aguayo y Sadler, editores. Universidad de Chile, Proyecto Cultura Salud. 2011. Páginas 152-165.

atributos. El refuerzo de esta renuncia viene dado por la exaltación de un estilo de cuerpo centrado en el aguante y la fuerza (Abarca, 2001), como se señaló, para ejercer dominio.

Esta renuncia les constituiría como *víctimas*. Porque dichas renunciaciones producen dolor y limitan significativamente el despliegue de capacidades humanas vitales como el encuentro, la colaboración, la solidaridad. Ser macho, hacerse hombre en contextos de patriarcado exige renunciaciones que implicarían dolores. Los varones jóvenes que se cuestionan esta situación señalan como ejemplos la negación de afectos y la expresión de ellos por los límites que impone la homosexualidad, como lo abyecto que no debe ser sobrepasado (Fuller, 2002), ó la no demostración espontánea de afectos con sus parejas mujeres o con hijos/as, pues una marca de la hombría buscada es la rudeza y el cumplimiento del rol protector (Montesinos, 2002).

Y por ejemplo, mal se lee a Bourdieu (2007) diciendo que tal como él señalaría la dominación masculina es también contra hombres, lo que de inmediato nos convertiría en sufrientes. Esta mirada que se va convirtiendo en imaginario de la disculpa y en el mismo movimiento de la victimización aparece en las hablas juveniles. Uno de sus efectos es que a mi juicio, actúa inhibiendo las posibilidades de transformación de las relaciones hasta ahora construidas. Más adelante volveré sobre este aspecto específico.

Este planteamiento de la victimización resulta ser la contracara de la noción de que vivimos en un contexto patriarcal que produce un conjunto de privilegios que favorecen las experiencias de vida de los varones. Resulta difícil sostener la noción de “caída del patriarcado” y de la existencia de una “liberación sexual” (Castells, 1998), por el hecho de que en las últimas décadas se hayan generado cuestionamientos y modificaciones a las racionalidades que se sostienen en dicho patriarcado. No pretendo negar que estas interrogantes críticas tengan expresiones concretas, pero lo que sí se puede debatir es que los cambios que las han acompañado permitan dar por cumplida una tarea que requiere de transformaciones de profunda complejidad en nuestras sociedades, culturas, estilos de relación, imaginarios, etc. Más bien lo que se observa es que junto a dichos cambios, también han emergido actualizaciones y mutaciones de los modos de expresión de la condición patriarcal de nuestras sociedades, que muestran la resistencia con que esta matriz socio-cultural –por supuesto los sujetos y sujetas que la verifican cotidianamente- logra sostenerse. De esta forma, los privilegios que señalábamos para los varones y que se sustentan en esta matriz, también se han actualizado para reproducirse cotidianamente en contextos de capitalismo tardío, economías de mercado con ideología neoliberal.

Vale decir, a la existencia de privilegios se le está comenzando a oponer un discurso de dificultades–dolores que tendrían los jóvenes en sus procesos de constituirse como varones. Podemos hipotetizar la existencia de una racionalidad conservadora que busca generar un equilibrio en las tensiones de poder. De modo similar a como se ha producido el discurso de los deberes en cualquier ámbito de vida, como contra cara de la existencia y exigencia del respeto de derechos. Desde este axioma se plantea por ejemplo, que si las y los jóvenes quieren respeto de sus derechos en sus comunidades educativas, primeramente debieran

cumplir con sus deberes, y solo así estarían en condiciones de exigir dicho respeto. De esta forma, derechos de las y los jóvenes terminan siendo una concesión-retribución que los mundos adultos les otorgan si es que han cumplido con aquello que éstos les exigen.

Volviendo a la reflexión sobre los procesos de construcción de masculinidades en la actualidad, vemos que este desplazamiento del eje de dominación para trastrocarlo como dolor y luego como victimización, genera efectos que hemos de considerar al reflexionar sobre masculinidades en jóvenes de sectores empobrecidos.

Entonces, en este proceso de desmarcarse de la condición de privilegiado aprendiendo un discurso de disculpa y victimización resulta válida la pregunta respecto de ¿por qué habría que cambiar?, si todos somos víctimas: a todas y todos nos genera problemas este modo de relacionarnos, por lo tanto la exigencia debe ser para todos y todas, algo así como “ley pareja no es dura”.

Los avances en el debilitamiento del patriarcado y la posible liberación femenina (y masculina) tendrían como punto de partida el reconocimiento de esta dominación que actúa sobre hombres y mujeres.

### **Hombres jóvenes de sectores empobrecidos, entre tradición y alternativa**

En los sentidos manifiestos y latentes del discurso que en la actualidad encontramos en los jóvenes de sectores empobrecidos, se configura una clara tensión que los tiene a *medio camino* en sus procesos de construcción de identidades (Duarte, 1999). Por una parte, un imaginario que critica algunas concepciones patriarcales tradicionales: la noción de superioridad masculina como una cuestión natural; que existan roles diferenciados jerárquicamente según sexo; la imposibilidad de que las mujeres accedan a labores típicamente consideradas masculinas; la subordinación femenina en diversos ámbitos; entre otras.

Dichos cuestionamientos alientan a suponer que hay vientos de *cambio con sentido* de posibles alternativas a los modos patriarcales de relación. Vale decir, los varones jóvenes –en contexto de incerteza y exclusión social- configuran discursivamente perspectivas de cambios posibles. Manifiestan una capacidad: la de darse cuenta de que las mujeres son víctimas de condiciones sociales que las discriminan. No estoy diciendo que los jóvenes en ello se planteen cuestionando relaciones de poder, ni dominación estructuralmente condicionada, ni responsabilidades masculinas en su reproducción, ni siquiera una mirada autocrítica respecto de sus propias formas de relación. Lo ubico más bien en el ámbito de la intuición masculina joven: “es mala onda esto de que las mujeres sean tratadas como inferiores a nosotros”, es más, pueden agregar, “esto no debería ser así”. Es decir, reconocimiento y constatación. Quizás una manifestación de sensibilidad en torno a lo que no les agrada y que no les pasa inadvertido.

Los varones jóvenes chilenos, que presentan discursos con contenidos de sensibilidad ante las situaciones que afectan a las mujeres, no necesariamente muestran la misma capacidad para interrogarse o cuestionarse respecto de las relaciones entre varones, así como respecto de las situaciones sociales que les afectan y que podrían ser comprendidas como efectos de las condiciones patriarcales de nuestra sociedad. Al parecer a ese ámbito de sus vidas o de la vida social no han llegado estos *vientos de cambio*: “esto es problema de mujeres”<sup>28</sup>.

Por otra parte, en esta tensión se manifiesta otro discurso que ocupa el otro polo del continuo entre lo alternativo y lo tradicional, y que emerge cuando los varones jóvenes son *puestos en situación* y ello les obliga a tomar opciones en las cuales requieren validar su condición masculina. En dichas situaciones entonces retroceden –si es que el discurso anterior fuera un avance–, vuelven sobre su punto de partida original, aquel aprehendido en contexto patriarcal, y evidencian el apego a esta racionalidad como refugio para argumentar las prácticas concretas que desarrollan.

Pero esta vuelta al refugio se da fundada en ciertas racionalidades, se sostiene por ejemplo sobre la naturalización de la condición patriarcal, sobre una suerte de fatalismo político que niega posibilidades de cambio, sobre la no modificación de las asimetrías de poder, casi diciendo: “es lo que hay”, “siempre ha sido así”, “así nos enseñaron”...

Entonces, ¿por qué cambiar? Es más, pareciera que la tendencia de resolución de esta tensión, este medio camino es más bien que no se puede cambiar. Existe la disposición, “el ánimo de ser distinto”, “se sabe lo que pasa”, pero las fuerzas naturales y tradicionales resultan ser más fuertes e impiden sostener en acciones concretas aquello que se dice.

Lo que sí resulta, es mantenerse con discursos que construyen realidades, pero que poco importa si no son coherentes con los modos concretos de actuar juvenil masculino pues quedan validados discursivamente<sup>29</sup>. Aparecen como simulacros de cambio, amagues a lo alternativo, guiños a la transformación.

### **Las tensiones del contexto: más y mejor patriarcado**

En el contexto antes descrito, resulta relevante considerar aspectos también contextuales pero que son de un orden más global y que inciden en el conjunto de la sociedad, para desde ahí

---

<sup>28</sup> Es importante considerar que género, como perspectiva de análisis, pocas veces es referido a las relaciones de homosociabilidad y en el caso de masculinidad(es), ella muchas veces es reducida sólo a las relaciones con las mujeres quedando excluidas de la observación las relaciones consigo mismo, con otros varones y con el medio social (Kaufman, 1989; Duarte, 1999).

<sup>29</sup> Son construcciones discursivas que van en la línea de la mentira (Salas, 1996) y su uso en el proceso de construcción identitaria masculina, concebida ella como aquel mecanismo propiamente masculino utilizado para resolver discursivamente cuestiones de competencia en que “lo que se dice, construye a quien lo dice”, por lo tanto es posibilidad cierta de consolidación de imagen masculina viril y al mismo tiempo, fuente para el necesario reconocimiento y validación en el medio (Duarte, 1999).

analizar los efectos específicos que producen en varones y dentro de ellos en los varones jóvenes de sectores empobrecidos.

Uno de esos elementos de contexto es que el empobrecimiento se agudiza en nuestro país, lo que se tensiona entre otros factores, por la alta exigencia de consumo opulento que se ofrece e impone, cuestión de la que suelen quedar al margen o sólo pueden participar de manera precarizada los varones de sectores empobrecidos.

Lo que se tiende a generar entonces son condiciones que agudizan las expresiones de estilos masculinos hegemónicos. Ante situaciones de mayor empobrecimiento lo que emerge son radicalizaciones de los modos patriarcales por parte de estos varones: son puestos en tensión en el rol de proveedor –no cumplen como se espera y exige-; son cuestionados en su condición de protectores –las mujeres han demostrado capacidades para arreglárselas sin varones en ciertos tipos de familias-; y son débilmente considerados en su imagen y tarea de conquistador-reproductor, esto último casi hasta el ridículo. Lo que queda como salida a esta situación es buscar otros modos de demostrar la hombría y la virilidad, jugársela con estrategias que den rédito inmediato. En ese movimiento las violencias constituyen alternativa, como ejercicio reafirmador y aportador de estatus para enfrentar las dificultades mencionadas. Vale decir, ante la imposibilidad de vivir a plenitud lo esperado socialmente, lo mandado desde la masculinidad hegemónica, se busca resolver dentro de esa misma matriz a través de la radicalización de uno de sus componentes centrales: el ejercicio de dominio y control sobre los que se consideran más débiles –mujeres, niñas y niños, y hombres de posición de prestigio menor en cierta grupalidad-. Para ese ejercicio, las violencias son instrumental clave, y se han radicalizado en su materialidad y corporalidad cuando ocurren entre varones. Cuando es ejercida contra mujeres, si bien se mantiene la violencia física y la agresión material, a ella se han sumado otras formas más sutiles y menos evidentes, pero igualmente poderosas.

Es preciso considerar que este ejercicio de violencias está mal catalogada socialmente hoy: una de las características del cambio epocal es la deslegitimación de la agresión y el abuso por condición de género, lo que no necesariamente implica que estemos desplegando como sociedad estrategias para reeducar en este sentido, ni para inhibir y menos para erradicar. Sino más bien, lo que se observa es una tendencia en que los modos de violencias juveniles se han vuelto sutiles, cuando se trata de acciones contra las mujeres (DOMOS, 2010).

De estas formas se reafirma aquello que no puede sostenerse en el cumplimiento de las tareas esperadas socialmente. Porque aunque las mujeres tengan hoy más años de estudio que sus madres y abuelas, participen más que años atrás en la fuerza laboral, ocupen cargos públicos importantes, entre otras expresiones de mayor presencia en las cuestiones públicas y de mayor acceso a bienes y medios de decisión, la condición de dominio masculino se está reinventando y en eso, nuestros jóvenes son los que muestran los nuevos caminos de esas actualizaciones.

Las relaciones entre varones, los modos de construcción de identidades en el grupo de semejantes, lugar vital para la socialización masculina, se siguen sosteniendo sobre el

compadrazgo (Rebolledo, 1998). El temor al otro como varón que recuerda la imposibilidad y negación de la homosexualidad, la cosificación de las mujeres, la conquista de la calle, entre otras formas, reafirman estas construcciones más vinculadas a las lógicas tradicionales patriarcales que a nuevas formas de hacerse hombres en el contexto actual.

Si estos modos son coherentes con la socialización recibida, y además permiten resolver en lo inmediato la exigencia de hacerse hombre de una manera esperada y aceptada socialmente, entonces, ¿por qué cambiar?: “oiga yo no quisiera ser así, pero..., estamos obligados a actuar así”, “¿por qué me cuestiona?”, “así me enseñaron”.

De esta forma se termina construyendo más y mejor patriarcado en que las posibilidades de cambio no aparecen con nitidez en el horizonte. Los privilegiados, auto victimizados, se nos muestran ahora incorporados-integrados en las lógicas de lo esperado.

Lo que sigue desde estas tres claves –victimización masculina; la tensión entre lo tradicional y lo alternativo; y la construcción de más y mejor patriarcado- que caracterizan el contexto actual, en este escenario recién dibujado, es interrogarnos por los procesos de cambio que se han pretendido gatillar en las y los jóvenes. Cuestionarnos por aquello que se ha planteado como alternativo a estas situaciones de patriarcado que se reproducen desde las experiencias de los jóvenes. ¿Qué ha cambiado de las realidades juveniles a partir de los procesos de trabajo con jóvenes varones -o de procesos educativos con perspectiva de género o de formación en masculinidades con enfoque de género? ¿Qué desafíos surgen para la acción política y en específico para la política pública? En adelante abordaremos estas cuestiones.

### **Autocríticas para comenzar a perder privilegios**

En este momento de la reflexión sugiero un ejercicio autocrítico que intente relevar aquellos aspectos que aparecen debilitados en las acciones que buscan debatir las condiciones patriarcales en nuestras sociedades, y que al mismo tiempo, se proponen tensionar la construcción de masculinidades reproductoras de dicho patriarcado. Junto a ello se hace necesario enfatizar aquellos aspectos que han permitido la visibilidad de estas propuestas y lo que podríamos considerar la existencia de esta nueva forma de lucha social, toda vez que se trata, a mi juicio, de una nueva causa de activación social: hombres luchando por relaciones equitativas de género.

En el ámbito de las debilidades podemos relevar al menos:

- i. Los discursos que se pretenden críticos a los modos patriarcales de relaciones sociales, desde la pregunta por las masculinidades ahí construidas, no han sido suficientemente claros en proponer o al menos polemizar sobre las oportunidades o posibilidades que para los varones se abren si dichos modos patriarcales (sexistas, machistas) fueran transformados en perspectivas de equidad de género. La tendencia ha sido quedarse en el diagnóstico y la queja de la situación de los varones –respecto de las reproducciones de los mandatos patriarcales- y no necesariamente incorporar

aspectos referidos a las posibilidades de alternativas que ya se han comenzado a experimentar o aquellas que se propone se podrían construir. Sí pueden destacarse en esta última línea algunas experiencias en Centroamérica que han puesto énfasis en lo colaborativo como matriz de nuevas formas de relación desde los varones y las han incorporado como clave para enfrentar situaciones de violencia y maltrato en las familias, en las relaciones de homosociabilidad, hasta en aspectos como la economía local<sup>30</sup>.

- ii. Después de al menos tres décadas en que la perspectiva de género se ha instalado en Chile, sigue siendo reducida a la situación de las mujeres. Si bien ello muestra una debilidad en la conceptualización misma de género, desde la autocrítica que elaboro, me parece que evidencia una cierta reducción de la mirada sobre la lucha de los hombres. Por una parte, se señalan las temáticas sobre situaciones y condiciones de vida de los hombres enfatizando en el carácter dominador que los varones tienen, pero alojados en una noción de masculinidad que no necesariamente es relacional y por lo tanto no considera el enfoque de género. Pareciera entonces que lo que le ocurre a los varones se comprende en sí mismo o que posee suficiencia explicativa, tal que aquello que le ocurre a las mujeres de su entorno, a otros hombres y al medio en que actúan no fuera pertinente de considerar. Junto a ello, se evitan las contextualizaciones de estas masculinidades en los entornos locales, nacionales y mundiales, que despliegan fuerzas que inciden en cómo estos sujetos se desarrollan. Por otra parte, evidencia la poca fuerza política con que esta lucha se ha planteado, dado que no se le otorga ese carácter y al evitar las condiciones relacionales que la constituyen, ella misma queda en una deriva que redunde en superficialidad y ensimismamiento, más que en activación y movilización social.
- iii. La política pública para jóvenes en Chile reproduce esa misma lógica de reducción, ya que por ejemplo la asociación primera que se hace de masculinidades es violencias, y por lo tanto al hablar de masculinidades en jóvenes se habla inmediatamente del tema de la agresividad y los conflictos violentos, lo cual se explicaría por esta condición de género masculino y por su condición de jóvenes. De esta forma, las posibles agendas a elaborar sobre aspectos a abordar en procesos con varones jóvenes o con jóvenes en global, tiende a construirse desde estas reducciones en las miradas que inciden en los campos de sus cotidianidades, así como en los métodos con que se trabaja. La contracara de esta debilidad, es que si se concibe a las masculinidades en construcción como proceso de conquista y demostración de fuerza, ello aporta una clave vital para orientar la implementación de programas tendientes a inhibir dicho ejercicio, abordándolos desde los aspectos de género ahí implicados.
- iv. En el campo de la militancia feminista, es posible encontrarse con algunas compañeras que miran con desconfianza la participación de hombres militantes en espacios públicos que podrían ser compartidos, e incluso algunas expresan desprecio hasta la exclusión. Lo que se plantea en este texto no es una queja sin más, los varones han

---

<sup>30</sup> Son referencia en experiencias de este tipo lo que el Centro Bartolomé de las Casas ha desplegado en El Salvador. Ver <http://centrolascasas.blogspot.com/>

sido parte de los dominadores por siglos y milenios, ellas están devolviendo un poquito del malestar que producen los privilegios que se han mencionado antes. La interrogante que surge apunta a ¿cuáles han sido las estrategias que han usado los varones militantes para construir esta articulación con las mujeres y organizaciones de mujeres militantes? Las experiencias debatidas con varones militantes muestran que sólo en algunas de estas organizaciones se trabaja con nociones de colaboración o solidaridad organizacional con mujeres y que en esos casos sus buenas prácticas al respecto les han dado réditos políticos interesantes en términos de impacto político. En otras experiencias en tanto, no existe reflexión en torno a posibles articulaciones con las organizaciones de mujeres, lo que junto a quienes las excluyen como posibilidad de articulación, refuerzan la noción antes debatida sobre una concepción de la lucha de los varones que no incorpora perspectivas relacionales de género ni de masculinidad.

Si las ideas aquí planteadas fueran pertinentes, las y los jóvenes insisten en su pregunta: ¿por qué cambiar? En un escenario de tensiones y conflictos, de perspectivas de poder en pugna y en intentos básicos de colaboración, de búsquedas e incertezas, la interrogante que hemos venido analizando releva otro ámbito de interés para la acción política con jóvenes: no está claro hacia dónde cambiar, no hay referencias de alternativas diáfanas que señalen ciertos horizontes mínimos, no hay pistas orientadoras sobre lo que se busca y se quiere construir. En ese proceso ya no sólo el por qué y hacia dónde son interrogantes válidas, sino que también ahora el ¿para qué?, es decir ¿en qué me beneficia?, ¿qué me aporta este cambio...?

No pretendemos proponer que haya que decirles a los varones jóvenes cómo cambiar ni por qué cambiar, seduce más la posibilidad política de construir con ellos –y de acuerdo con el tipo de proceso, también con ellas- para que desde sus condiciones generacionales específicas propongan alternativas de cambio, nuevos modos de relaciones, nuevos modos para enfrentar el empobrecimiento y la exclusión social. Para ello habría que generar procesos políticamente novedosos, que promuevan el habla y la risa, el baile y el juego, la colaboración y la solidaridad, que sean ya parte de la necesaria resocialización de género y también de generación, esto último en tanto los adultos y adultas que promovemos dichos procesos deberían dejarse interpelar por sus novedades y sus apuestas.

### **Naturalización del cambio, acción política conservadora**

Una última cuestión por ahora, es que una de las tensiones que existen para llevar adelante estos procesos es que se suele asumir como dado el cambio y la transformación, como si modificar las situaciones socialmente producidas –algunas de las cuales aquí se han analizado- fuera obra de una ente mágico en el que los seres humanos poco o nada tuvieran que decir. Por ello es relevante reflexionar sobre cómo se historizan estos procesos de cambio y en el mismo movimiento cómo se desnaturalizan sus diversos trayectos y logros.

En el pensamiento acrítico –subordinado diría Freire- se tiende a concebir los problemas y conflictos sociales como dados o naturalmente producidos, de manera similar, en el planteamiento de alternativas de acción transformadora esa racionalidad aparece con fuerza.

Por esto es que se hace necesario debatir las nociones que asumen las posibilidades de transformación como un hecho o proceso dado, normativo, que no deja chances para apelar a la voluntad de los sujetos por desplegar acción política de manera comprometida. Al decir acción política ponemos el énfasis en:

- i. Plantearse la transformación de las relaciones de poder impuestas en contextos patriarcales con un cierto horizonte que se abra a los modos alternativos que se pretenden construir.
- ii. El despliegue de procesos de resocialización de varones y mujeres jóvenes, para que se vinculen a estos procesos desde nuevas miradas.
- iii. Cambios en los propios modos de hacer política. Es decir los procesos que se despliegan han de intentar ya, ser manifestación de aquello que se quiere conseguir.

En el ámbito de estrategias de acción –lo que queremos lograr y cómo hacer para lograrlo- resulta importante plantearse que un momento vital es el de desplegar procesos con jóvenes que les permitan descubrir por qué cambiar y cuáles son los contenidos que ellos –y ellas- le otorgan a este cambio, cómo lo caracterizan y qué identidad proponen que adquiera. Un paso fundante en esa identidad a producir es develar críticamente las condiciones sociales que originan las relaciones asimétricas sostenidas en el patriarcado, así como las situaciones que en tanto varones viven en ellas, dentro de lo cual -en coherencia con lo señalado antes en este texto- se vuelve importante discutir los privilegios sociales como posibles expresiones y materializaciones de dominación de género y discutir los procesos de victimización masculina como una fórmula que permite la evasión de las responsabilidades que implica hacerse parte –integrarse- a estos privilegios y no cuestionarlos.

A partir de dichos develamientos, las experiencias hasta ahora sistematizadas muestran que momentos claves en estos procesos son aquellos que apuntan a la resocialización de los jóvenes. Vale decir, se trata de combatir la hegemonía tradicional patriarcal y también adultocéntrica, con estilos de relaciones, imaginarios, lenguajes y una ética que apunten a construir sentidos mentados contrarios a los anteriores y cuyo eje central busque lo que se ha denominado equidad de género. A partir de cada experiencia, esta búsqueda adquirirá caracteres específicos que aportarán ciertos énfasis así como novedades, permitiendo la emergencia de diversidades que contengan la pluralidad entre varones, que comparten su condición de jóvenes de sectores empobrecidos, pero que se diversifican en tanto se consideren al menos, sus orientaciones-opciones sexuales, adscripciones (contra) culturales y religiosas, posición en la estructura productiva, y sus trayectorias de vida.

Lo anterior, según las experiencias observadas, se profundiza y consolida en la medida en que se enfrenta proactivamente la matriz sociocultural del adultocentrismo (Duarte, 2006c): ella impone el accionar para o por jóvenes, les invisibiliza y niega como actores relevantes en los procesos políticos en que se ven involucrados, quedan relegados a posiciones de beneficiarios

del quehacer de otros. Este enfrentamiento exige que los jóvenes sean considerados protagonistas de los procesos desplegados, lo cual permite co construir con ellos, les reconoce actoría y se constituyen en gestores de sus propios procesos de crítica y cambio personal y colectivo (Duarte, 2006b).

En procesos de ese tipo, la evidencia muestra que estrategias político educativas como la educación popular, pueden ser de alto impacto. Algunos de sus aspectos claves son: partir desde las experiencias de vida de las y los jóvenes, para construir colectivamente conocimiento desde su reflexión crítica, y plantearse aprendizajes para aportar en la transformación de sus realidades.

En esta lógica de educación popular, utilizando los conceptos freirianos, se trataría de producir conciencia con los jóvenes sobre las condiciones de exclusión y de dominación de que son víctimas, pero no como argumento para la evasión, sino como gatillador de acciones conjuntas con otros y otras. De igual manera estos procesos pueden producir conciencia respecto de las oportunidades que se abren para los varones, para liberarse de aquellas formas de dominación que reproducen día a día y noche a noche.

## **Bibliografía**

Abarca H. (2001). Crónicas del aguante. En Hombres: identidades y violencia. José Olavarría, Editor. Santiago: FLACSO, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Red de Masculinidad/es Chile.

Bourdieu P. (2007). La dominación masculina. Barcelona: Anagrama.

Campos Á. & y Salas J. (2002). Masculinidades en Centro América. San José: Lara Segura Editores.

Castells, M. (1998). La era de la información. El poder de la identidad. Madrid: Editorial Alianza.

DOMOS (2010). Violencia hacia las jóvenes en relaciones amorosas o de pareja. Santiago.

Duarte K., (1999). Masculinidades juveniles en sectores empobrecidos. Ni muy cerca ni muy lejos, entre lo tradicional y lo alternativo. Tesis para optar al Título de Sociólogo. Universidad de Chile. Santiago.

Duarte K. (2006a). Cuerpo, poder y placer. Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos. En Revista PASOS N° 125, DEI, San José de Costa Rica, Mayo – Junio.

Duarte K. (2006b). Género, Generaciones y Derechos: nuevos enfoques de trabajo con jóvenes. Una caja de herramientas. Bolivia: Family Care International.

Duarte K. (2006c). Discursos de Resistencias Juveniles en Sociedades Adultocéntricas. San José de Costa Rica: DEI.

Fuller N. (2002). Masculinidades, cambios y permanencias. Lima: PUC.

Gilmore D. (1994). Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad. Barcelona: Paidós.

Kaufman M. (1989). Hombres, placer, poder y cambio. Santo Domingo: CIPAF.

Montesinos R. (2002). Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno. Barcelona: Biblioteca Interamericana de pensamiento.

Olavarría J. et.al. (1998). Masculinidades Populares. Varones adultos jóvenes de Santiago. Santiago: FLACSO-Chile/UNFPA.

Rebolledo L. (1998). Género y espacios de sociabilidad. El barrio, la calle, la casa... Santiago: Universidad de Chile, PIEG.

Salas, J. (1996). La mentira en la construcción de la masculinidad. En Revista Costarricense de Psicología, N° 24. San José.